



JOSEPH BERNA

EXCURSION AL MUNDO DEL TERROR


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

288 — Miserere por mí, *Curtis Garland*.
289 — La llama verde, *Clark Carrados*.
290 — Estudios sobre el miedo, *Lou Carrigan*.
291 — El difunto quiere vengarse, *Adam Surray*.
292 — ¡Ha llegado Satán!, *Clark Carrados*.

JOSEPH BERNA

EXCURSION AL MUNDO DEL TERROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 293
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 27.412 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Peter Morley rezongó una maldición. Tenía veintisiete años.

Pero Peter no maldijo porque tuviera veintisiete años. Era una edad magnífica.

Peter Morley tenía el cabello oscuro y la cara simpática. Tampoco maldijo por eso.

A Peter no le hubiera gustado tener el pelo rubio y la cara antipática.

Estaba, también, satisfecho de su talla, 1,80 de estatura, y de su peso, 78 kilos. Peter Morley era conductor de autobuses.

No, tampoco maldijo por eso. A Peter le gustaba conducir.

Autobuses, camiones, furgonetas, taxis...

Cualquier cosa que tuviera ruedas, Y motor, claro.

Conducir un carro, por ejemplo, ya no le hubiera gustado tanto. A él no le iba eso de: «¡Soo, caballo!»

Lo suyo era el volante. El cambio de marchas. El pedal del freno.

El acelerador...

¿Por qué diablos maldecía Peter Morley, entonces, si estaba contento con su edad, su físico y su trabajo...?

Pues, porque conducir autobuses ofrecía, de vez en cuando, algunos inconvenientes. La semana anterior, por ejemplo, le tocó llevar de excursión a veinticuatro niñas, ninguna de ellas menor de diez años ni mayor de doce, y a su profesora de Historia, una solterona de casi cincuenta años, alta como una pértiga y delgada como un fideo, con una cara de loro que daba ganas de enseñarle a hablar.

Pero esto último no era necesario.

Ella ya sabía hablar.

¡No dejó de mover las mandíbulas en toda la excursión! Peter terminó con un dolor de cabeza espantoso.

Entre la cotorra de la profesora y las niñas, que no cesaban de armar alboroto, aquello se hizo insoportable.

Y la de paraditas que tuvo que hacer...

A cada dos por tres, una de las niñas salía con que tenía necesidad de hacer «pis». ¡Hasta la profesora le hizo parar un par de veces!

La segunda vez Peter estuvo tentado de arrancar y dejarla en plena carretera.

No lo hizo porque la profesora no hubiera tenido más remedio que regresar a Londres haciendo auto-stop, y, con lo fea que era, ¿quién la iba a subir?

Pero se prometió a sí mismo que lo haría si el esperpento le obligaba a hacer otra paradita.

Las niñas, pase, pero la cincuentona. . ¡Vamos, hombre!

Si tenía la llave de paso floja, que se quedara en casa, y así no molestaría a nadie. Peter Morley quedó de aquella excursión hasta el gorro.

Por eso, cuando aquella mañana, el encargado de la empresa de autobuses donde él prestaba sus servicios, le dijo que a las tres de la tarde debía estar con su autobús en la puerta del mismo colegio, para llevar de excursión a un grupo de alumnas y su profesora, Peter tuvo la sensación de que alguien acababa de dejarle caer un baúl sobre la cabeza.

De ahí su malhumor.

Y sus continuas maldiciones, mientras se dirigía con el autobús al maldito colegio, donde le esperaban las malditas niñas y la maldita profesora de Historia.

Porque Peter no dudaba de que se trataba de la misma profesora. Las niñas tal vez no fuesen las mismas, pero la profesora, seguro. ¡Menudo fin de semana le esperaba,..!

Peter Morley maldijo una vez más.

Era lo único que podía hacer, por el momento. En la excursión, puede que hiciera más cosas.

Arrearle un martillazo en la cabera al adefesio de la profesora, por ejemplo, si se ponía a charlar sin parar, como la otra vez.

Y algún tirón de trenzas a las niñas, también daría, si alborotaban tanto como la vez anterior y le manchaban los asientos con sus malditas piruletas o pegaban chicles en ellos.

Sí.

Todo eso, y mucho más, hicieron las condenadas niñas la otra vez.

Comprensible, pues, que Peter Morley estuviese que cortaba clavos con los dientes. Minutos después, se detenía el autobús frente al colegio.

En la puerta del mismo, como haciendo de guardián, había una niña de unos once años, dándole chupadas a una piruleta.

Peter la reconoció al instante.

Era uno de los «angelitos» que llevara de excursión el viernes anterior. Peter la fulminó con la mirada.

Por lo de la piruleta, claro.

Sólo de ver cómo le daba chupadas, ya se sentía pegajoso.

La niña, una rubita de mejillas sonrosadas y pecosas, le sacó la lengua, tan roja ya como la piruleta.

Tras el descarado gesto de burla, desapareció. Peter maldijo de nuevo.

Sabía dónde iba la mocosa de la piruleta, a avisar a su profesora de que el autobús había llegado.

Resignado, Peter se levantó del asiento, abrió la puerta y descendió del autobús, dirigiéndose a la parte trasera del mismo.

Abrió el espacioso maletero para guardar allí los bártulos de las niñas. Esa era otra.

Llevaban tantas cosas que, más que para un fin de semana, parecía que se iban para un mes, y el pobre maletero quedaba a rebosar.

Acababa de dejar sujeta la puerta, cuando empezaron a salir niñas del colegio. Peter se quedó quieto.

Con la boca abierta. Absolutamente atónito. Observando a las niñas. Y qué niñas...

No parecía ninguna menor de dieciséis años ni mayor de dieciocho. Rubias, morenas, pelirrojas, castañas...

Las había para todos los gustos.

Al asombrado Peter, que no tenía preferencias en cuanto al color del cabello de una mujer se refiere, le gustaron todas.

En realidad, la totalidad de las muchachas eran atractivas y estaban bien formadas. Y parecían tan alegres...

A Peter empezaron a írsele las ganas de gruñir y maldecir.

Las «niñas» formaron corro alrededor del conductor del autobús, a quien saludaron casi todas a una, con la sonrisa en los labios.

—¡Hola!

Peter también sonrió.

—¿Qué tal, chicas?

—¿Cómo se llama?

—Peter. Peter Morley.

—Yo soy Neely —se presentó la muchacha que había preguntado el nombre a Peter.

—Yo me llamo Mónica.

—Yo, Susan.

—Yo soy Ann...

Todas dijeron su nombre al conductor, con más o menos coquetería.

—Encantada de conoceros a todas, chicas —dijo Peter.

—¿Puede ir guardando todo esto, Peter?

—Sí, claro. Traed.

Peter empezó a meter en el maletero las cosas de las muchachas.

—No es feo, ¿verdad? —oyó que susurraba Neely al oído de Mónica.

—No está muy bien —repuso Mónica.

—Es alto... —observó Susan.

—Y atlético... —dijo Ann.

—Qué suerte hemos tenido, chicas —manifestó pícaramente otra. Peter se volvió y sonrió.

—Yo sí que he tenido suerte.

—¡Oh, nos ha oído! —exclamó la última muchacha que hablara, escondiendo la cara tras la espalda de una compañera, lo cual hizo que las demás rieran.

—Lizzie es un poco vergonzosa, Peter —explicó Mónica. Peter no se dejó engañar.

Adivinaba que la tal Lizzie, de vergonzosa, nada. Y las demás, ídem de lo mismo.

Ninguna de aquellas niñas tenía nada de tímida ni de ingenua. Mejor.

Así sería más divertida la excursión.

Peter siguió colocando los bártulos de las muchachas en el maletero,

observado por todas ellas.

De pronto, una voz que hasta entonces no se había oído, indicó:

—Id subiendo al autobús, chicas.

Peter se giró y buscó con la mirada a la muchacha que había dicho aquello. La encontró en seguida, porque antes no estaba en el corro.

Era mayor que las otras.

Unos veintitrés años, le concedió Peter. Alta, delgada, de pelo castaño...

La maravillosa esbeltez de su figura quedaba resaltada por su vestimenta: ajustados pantalones blancos y una blusa de delgados tirantes, de un rojo vivo, bajo la cual destacaban unos pechos no demasiado abultados, pero sí altos, firmes y armoniosos.

Un slogan diría: «No hay cantidad, pero sí calidad.» Eso pensó Peter.

El estaba de parte de la calidad.

Prefería un filete jugoso y bien hecho, que dos poco sabrosos y mal preparados. La joven de pelo castaño, que tenía un rostro precioso, se presentó:

—Soy Rhonda Sanford, profesora de Educación Física.

—Peter Morley —repuso el conductor, más contento por dentro que una zambomba.

—Oh, el mismo conductor que llevó la semana pasada a Mildred Fleisher y un grupo de alumnas de Básica... —sonrió deliciosamente la profesora de gimnasia.

—Sí, el mismo —asintió Peter, porque así se llamaba la fea y desgarbada profesora de Historia, Mildred Fleisher.

—La señorita Fleisher quedó muy contenta de usted, señor Morley.

—¿De veras?

—Sí, dijo que es usted un hombre muy atento.

—Bueno, uno procura cumplir con su obligación... —sonrió modestamente Peter. Rhonda Sanford miró a sus alumnas, pues ninguna de ellas se había movido.

—¿No os he dicho que vayáis subiendo al autobús? —recordó, con autoridad. Las muchachas se dirigieron hacia la puerta, obedientes.

—Un momento, chicas —rogó Peter. Todas se detuvieron y le miraron.

—¿Qué ocurre, señor Morley? —preguntó la bella profesora de Educación Física. Peter emitió una tosecita y dijo:

—Si alguna tiene que hacer «pis», que lo haga antes de partir

—¡Señor Morley...! —exclamo Rhonda Sanford. Sus alumnas rompieron a reír con fuerza.

Peter se encontró en una situación muy embarazosa. Tosió de nuevo, con más fuerza que antes, y explicó:

—Señorita Sanford, si digo esto es porque la señorita Fleisher y sus alumnas me hicieron parar a cada kilómetro, y comprenderá usted que,..

La profesora de gimnasia elevó orgullosamente la barbilla.

—No necesitamos esa clase de consejos, señor Morley. Ya somos todas

mayorcitas.

—Más mayorcita es la señorita Fleisher, y me obligó a parar dos veces —carraspeó Peter.

—¿También ella...? —exclamó Neely, provocando nuevas carcajadas.

—¡Silencio! —ordenó Rhonda Sanford.

Las muchachas ahogaron las risas, aunque se veía que les resultaba muy difícil contenerse.

—¡Subid al autobús, vamos! —habló de nuevo la profesora. Sus alumnas se apresuraron a obedecer.

Rhonda Sanford se encaró nuevamente con el conductor del autobús.

—Señor Morley, ni mis alumnas ni yo le causaremos ningún tipo de molestias, puede estar tranquilo.

—Oiga, que yo no...

—Con su permiso, también yo voy a subir al autobús.

Rhonda Sanford dio media vuelta y fue hacia la puerta del autobús, subiendo ágilmente a él.

Peter Morley dio un suspiro y acabó de meter las cosas de las chicas en el maletero. Cerró éste y subió al autobús, por la puerta delantera.

Todas las muchachas estaban ya acomodadas en los asientos. Eran veinticuatro en total, más la profesora.

El mismo número que la otra vez,

Pero éstas no chupaban piruletas, y aunque algunas de ellas sí mascaban chicles, era de suponer, dada su mayor edad, que no los pegasen luego en los asientos.

Peter miró a la atractiva profesora de Educación Física.

Se había acomodado en uno de los primeros asientos del autobús, y estaba muy sería. Una lástima, porque estaba mucho más bonita cuando sonreía.

Se sentó en su asiento, frente al volante, y puso el motor en marcha. Segundos después, el autobús arrancaba.

Era el comienzo de la excursión. Una excursión... al mundo del terror.

Aunque nadie podía suponerlo, claro.

De haber sabido lo que les aguardaba, ninguno de ellos hubiese salido de Londres. Ni por todo el oro del mundo.

CAPITULO II

El autobús había salido ya de la ciudad.

Peter Morley observaba de vez en cuando, por el espejo retrovisor, a Rhonda Sanford. La profesora de gimnasia seguía con el gesto serio.

No obstante, ella también miraba con bastante frecuencia al conductor, aunque So hacía disimuladamente, como si no quisiera que él o sus alumnas se dieran cuenta de ello.

Una de éstas, la llamada Neely, se levantó de pronto de su asiento y fue a sentarse en el que había a la derecha de Peter.

La muchacha, que lucía una descarada minifalda cruzó las piernas y ambos muslos, largos, prietos y tersos, quedaron al descubierto casi en su totalidad.

—¡Hola! —le dijo a Peter, sonriente.

—Hola —sonrió también éste, mientras daba una fugaz mirada, por el espejo retrovisor, a la profesora de Educación Física,

La encontró más seria aún que antes.

Evidentemente, no le había caído bien que una de sus alumnas fuese a sentarse al lado del conductor.

Y menos aún, que la chica exhibiese con aquel descaro sus jóvenes y torneados muslos.

—¿Por qué no pone la radio, Peter? —sugirió la muchacha.

—¿Queréis oír música, Mónica?

—Mónica es la que se sienta a mi lado —aclaró la joven, mirando un instante a su compañera—. Yo soy Neely.

—Oh, disculpa, Neely. Sois tantas que...

—Veinticuatro.

—Sí, ya os he contado.

—No lo diga así, o sentiré complejo de borrego. Peter rió el chiste de la muchacha.

—Qué ocurrencia.

—Ande, ponga la radio —insistió ella

—Vuestros deseos son órdenes para mí, Neely —sonrió Peter, y conectó la radio. Casualmente, en aquella emisora estaban poniendo un trepidante rock and roll, y tanto Neely como sus compañeras empezaron a dar palmas y a agitarse en los asientos, siguiendo el ritmo.

Peter se fijó un instante en los juveniles pechos de Neely, libres de toda sujeción bajo la liviana blusa.

También ellos parecían seguir el ritmo.

—¡Neely! —llamó Rhonda Sanford, que no seguía el ritmo con nada. La muchacha volvió la cabeza.

—¿Sí, señorita Sanford...?

—Vuelve a tu sitio,

—¿Por qué?

—Estás molestando al señor Morley,

Neely miró a Peter, con gesto inocente.

—¿Le estoy molestando, Peter...? Este sonrió.

—En absoluto, Neely.

La muchacha se volvió de nuevo hacia su profesora.

—¿Lo está oyendo, señorita Sanford? Peter dice que...

—Le estás distrayendo con tu conversación, Neely. Les obligas a mirarte de vez en cuando, y eso es peligroso, porque él no debe apartar los ojos de la carretera. ¿Verdad que no debe apartarlos, señor Morley...? —preguntó Sanford, con perceptible ironía.

Peter tosió ligeramente.

—No hay cuidado, señorita Sanford. Soy un buen conductor.

—No lo pongo en duda Pero tampoco dudo que conducirá usted con una mayor seguridad si nosotras no le distraemos. A tu sitio, Neely.

La minifaldera Neely no tuvo más remedio que levantarse y regresó junto a Mónica, a quien dijo:

—La señorita Sanford le ha tomado manía a Peter.

—Sí, eso parece —respondió Mónica.

—Pues no hay motivo, ¿no crees? Lo que él dijo antes de que subiéramos al autobús tuvo gracia.

—A la señorita Sanford, no le hizo ninguna.

—Repito que no entiendo por qué. Si es verdad que la señorita Fleisher y las niñas de Básica le hicieron parar a cada kilómetro, encuentro lógico que nos rogara que...

—Yo también. Debió ser una lata para el pobre Peter, detener el autobús a cada momento.

—Y tanto...

—¿Qué te parece si le echamos una mano a Peter?

—No te entiendo.

Mónica sonrió traviesamente.

—Sé cómo conseguir que la señorita Sanford admita que el consejo que nos dio Peter, cuando nos disponíamos a subir al autobús, estaba plenamente justificado.

—¿Cómo? —preguntó Neely, muy interesada.

—Escucha...

Mónica pegó prácticamente la boca al oído de su compañera y Te expuso su plan. Neely se frotó las manos, entusiasmada.

—¡Eres genial, Mónica!

—¿Verdad que sí?

Rieron las dos quedamente. De pronto, Neely observó.

—La señorita Sanford se va a poner muy furiosa, Mónica...

—Sí, puede que sí. Pero es un riesgo que debemos correr, Neely, si queremos ayudar a Peter.

—Tienes tazón.

—Manos a la obra, pues.

—Ve tú primero.

—No, ve tú.

—Yo ya fui a pedirle que pusiera la radio.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que yo ya he tomado la iniciativa una vez. Además, el plan es tuyo. Eso te obliga moralmente a ser quien lo ponga en práctica. Claro, que si tienes miedo...

—¿Miedo yo, habiendo hospitales...? ¡Ahora verás! Mónica se levantó y se acercó decididamente a Peter. Le dijo algo en voz baja, prácticamente al oído.

Peter detuvo el autobús.

—¿Por qué paramos? —preguntó Rhonda Sanford, extrañada. Mónica, nerviosamente, explicó,

—Lo siento, señorita Sanford, pero si no bajo un momento, corro el riesgo de mojar el asiento..

Se produjo un estallido de carcajadas en el autobús.

Neely, que sabía de qué iba la cosa, era la que más a gusto se reía. Rhonda Sanford miró a Peter Morley.

Este se cubría la boca con la mano, para que la profesora de Educación Física no le viera reír.

Ella enrojeció intensamente.

—Vuelvo en seguida, señorita Sanford —dijo, y descendió del autobús, entre las risas de sus compañeras.

Desapareció rápidamente tras unos arbustos.

Peter Morley, tranquilamente, se llevó un cigarrillo a los labios y le prendió fuego con su encendedor.

Tras expulsar el humo, volvió a mirar a la bella profesora. Ella seguía con el rostro congestionado.

Peter alargó el brazo, en cuya mano sostenía todavía la cajetilla.

—¿Un cigarrillo, señorita Sanford...?

—No, gracias —rechazó la joven.

—¿No fuma usted?

—Sí, pero ahora no me apetece.

—¿Sigue enfadada?

—¿Enfadada?

—Sí, por lo que dije antes de partir.

—Yo no estoy enfadada.

—Lamento que le molestaran mis palabras. No era mi intención, se lo aseguro Yo sólo trataba de...

—De evitar esto, lo sé —Rhonda Sanford miró un momento hacia los arbustos tras los cuales desapareciera Mónica.

—Bueno, quiero decirle que parar alguna vez, tampoco me molesta. Lo que ocurre es que lo de la señorita Fleisher y sus niñas, fue demasiado...

Rhonda Sanford le miró de nuevo,

A Peter le pareció que el enfado de la profesora empezaba a remitir.
—Creo que debo pedirle disculpas, señor Morley.
—¿A mí? ¿Por qué?
—Sí, me enfadé con usted, y no había motivo. Las circunstancias acaban de demostrar que su consejo no estaba de más.
Peter sonrió.
—No tiene por qué disculparse, señorita Sanford. En realidad...
—Cuando me equivoco en algo, me gusta admitirlo.
—Es una actitud muy elogiable, señorita Sanford. Si todos hiciéramos igual, el mundo sería mejor.
Rhonda Sanford sonrió suavemente.
—Ahora sí me apetece ese cigarrillo, señor Morley. Peter se apresuró a ofrecerle la cajetilla.
La profesora tomó el cigarrillo y se lo puso en los labios. Peter se lo encendió.
—Gracias, señor Morley.
—Sus alumnas me llaman Peter —repuso el conductor. Rhonda Sanford ensanchó la sonrisa.
—Gracias, Peter.
En aquel momento apareció Mónica. La joven subió rápidamente al autobús.
Por la cara que ahora tenía la señorita Sanford, y el gesto que le hizo Neely, Mónica supo que su plan había sido un rotundo éxito.
Rhonda Sanford, irónicamente, dijo:
—¿Te encuentras mejor, Mónica?
—Oh, sí, señorita Sanford; mucho mejor.
—Me alegro —sonrió la profesora, y se puso en pie, para poder abarcar la mirada a todas sus alumnas—, Si alguna tiene que imitar a Mónica, ahora es el momento, porque Peter no hará más paraditas —advirtió.
Las muchachas rieron, pero ninguna manifestó deseos de bajar del autobús.
—Podemos continuar, Peter —indicó Rhonda Sanford, e hizo ademán de sentarse.
—¿Por qué no se sienta ahí? —Sugirió Peter, señalando el asiento que poco antes ocupara, durante unos minutos, Neely—. Se ve mejor la carretera...
—Si me promete no distraerse... —condicionó ella, coquetamente.
—No apartaré los ojos de la carretera —prometió Peter.
—Entonces, acepto —respondió Rhonda Sanford, y se acomodó en el asiento.
Neely y Mónica rompieron a aplaudir, y sus compañeras se dieron mucha prisa en imitarlas.
—¿Por qué aplaudirán...? —se preguntó la profesora de gimnasia, en voz alta.
—Les complace que usted ya no esté de uñas conmigo —explicó Peter.

—¿Seguro que es por eso...?

Peter, que ya había puesto el autobús en movimiento, reveló:

—Mónica no tenía ganas de hacer «pis», señorita Sanford. Representó la comedia porque intuía que eso haría que a usted se le pasase el enfado, y así ha sido.

—¡Oh, qué diablo de chica...! —exclamó Rhonda Sanford, volviéndose para mirar a Mónica.

—¡Disimule, por favor, o va a delatarme! —rogó Peter, riendo. La profesora, lejos de enfadarse con su alumna, rió también. El autobús siguió rodando por la carretera.

Una carretera de poco tráfico, por cierto.

Unas dos horas después de haber salido de Londres, Peter Morley se veía obligado a reducir la marcha.

La carretera estaba cortada, y un indicador señalaba el camino que había a la derecha, y que había que tomar forzosamente si se quería continuar el viaje.

Peter realizó la oportuna maniobra y el autobús se adentró por aquel camino. El camino que les iba a conducir al mundo del terror...

CAPITULO III

Habían avanzado ya bastantes kilómetros por aquel camino, con muchos árboles a ambos lados y desconocido para Peter Morley, cuando, inesperadamente, el tiempo empezó a cambiar.

El cielo, hasta entonces claro y luminoso, pues durante todo el día había lucido un sol espléndido, comenzó a cubrirse de nubes.

Unas nubes grandes y negras, que se desplazaban rápidamente.

Al propio tiempo, se despertaba un viento fuerte, que agitaba violentamente las ramas de los árboles.

—Se avecina una tormenta de campeonato —adivinó Rhonda Sanford, ligeramente preocupada.

—Sí, y no lo entiendo. Los distintos boletines meteorológicos emitidos a lo largo del día de hoy, no decían nada de tormentas en esta parte del país, ni grandes ni pequeñas — comentó Peter.

—En esta época del año, las tormentas son bastante frecuentes, y se forman dónde y cuando uno menos se lo espera.

—Eso es verdad.

—Estaremos seguros en el autobús, ¿verdad, Peter?

—Oh, sí, no tema. Por mucho que llueva, aquí no nos mojaremos. El autobús es nuevo, no tiene goteras —bromeó Morley.

Rhonda Sanford sonrió. Pero un tanto forzadamente.

Y es que, a cada segundo que pasaba, su preocupación aumentaba. El cielo ya estaba totalmente cubierto de siniestros nubarrones.

Todavía no eran las seis de la tarde, y parecían las diez de la noche, tal era la oscuridad provocada por la inminente tormenta, por lo que Peter Morley se había visto obligado a encender las luces.

El viento era cada vez más fuerte, y su agudo silbido ponía la carne de gallina a más de una alumna.

De pronto, un poderoso relámpago iluminó el cielo, dando un toque fantasmal a los árboles.

Se escucharon algunos gritos.

Rhonda Sanford fue una de las que no pudieron reprimir un grito.

Y es que se adivinaba que el consiguiente trueno iba a ser estremecedor. Efectivamente.

Lo fue.

Pareció que se derrumbaba una montaña entera. O que un volcán entraba en erupción.

O que estallaba un misil atómico. O las tres cosas a la vez.

El terrorífico trueno hizo temblar la tierra, los ahora fantasmagóricos árboles, y el propio autobús, especialmente, los cristales de las ventanillas y el parabrisas.

Tras el ensordecedor estruendo, el cielo pareció desgarrarse violentamente,

como una tela vieja, y una auténtica catarata de agua empezó a caer de los tenebrosos nubarrones amenazando con inundarlo todo en muy poco tiempo.

Al relámpago inicial le sucedieron otros muchos, y, lógicamente, también los truenos se sucedieron, poniendo el corazón en un puño a la profesora de Educación Física y sus alumnas.

Peter Morley también estaba impresionado, pues jamás había presenciado una tormenta tan violenta y tan amenazadora.

Había desconectado la radio, como primera precaución, y ahora conducía muy despacio.

Esto último, más que por precaución, era por obligación, pues la espesa cortina de agua que caía sobre el camino apenas si podía ser traspasada por las potentes luces de los faros, y la visibilidad era prácticamente nula.

De pronto, Peter advirtió que las ruedas delanteras perdían aire. Y con gran rapidez, además.

Masculló una imprecación.

—¿Algún problema, Peter? —inquirió Rhonda Sanford.

—Dos problemas. Tres, si incluimos a la tormenta —gruñó Morley. La profesora se alarmó.

—¿Qué ocurre?

—Hemos sufrido un doble pinchazo. Las dos ruedas delanteras se están deshinchando con rapidez —informó Peter.

—¡Dios mío! —gimió Rhonda Sanford, pálida—. ¿Y qué va a pasar ahora...?

—No tenemos más remedio que parar, y esperar a que pase la tormenta. Entonces, podré bajar y cambiar las ruedas. Con el agua que cae ahora, sería imposible.

—Claro.

Peter detuvo el autobús.

Los relámpagos y los truenos seguían sucediéndose, y el viento se lanzaba ahora en forma de remolinos, amenazando por tragarse a quien tuviera el valor de salir del autobús.

Bueno, mejor habría que decir a quien cometiera la locura de salir del autobús. Sí, porque sólo un loco se atrevería a hacerlo.

Escalofriantes relámpagos, ensordecedores truenos, agua en cantidades industriales, viento terrible...

Era demasiado.

Rhonda Sanford murmuró:

—¿Se ha dado cuenta de una cosa, Peter?

—¿De qué?

—Desde que tomamos este desvío, no nos hemos cruzado con ningún vehículo, y tampoco hemos sido adelantados por nadie...

—Sí, es cierto.

—¿Y no lo encuentra extraño?

—Bueno, en la carretera por donde circulábamos, tampoco había mucho

tráfico.

—Pero de vez en cuando nos cruzábamos con algún coche, mientras que por este caminó...

—Quizá los vehículos que viajan en dirección contraria tomen otro camino. Sí, eso debe ser —repuso Peter.

—¿Y por qué no nos ha pasado nadie?

—Pues, no lo sé. Nosotros rodábamos a buena velocidad, y...

—En la carretera rodábamos a mayor velocidad aún, y algunos turismos nos adelantaron.

—Muy pocos Si no recuerdo mal, sólo fueron tres. Y en la carretera estuvimos mucho más tiempo que en este camino. Eso hace que no tenga nada de extraño que no hayamos sido adelantados por ningún vehículo desde que entramos en él.

—Si usted lo dice... —murmuró Rhonda Sanford, poco convencida.

Neely y Mónica se levantaron de sus asientos y se acercaron al conductor y a su profesora.

También ellas tenían el rostro falto de color.

—Peter... —musitó la primera.

—¿Qué ocurre, Neely? —preguntó Morley.

—Allí hay una casa.

—¿Una casa? —repitió Rhonda Sanford.

—¿Dónde? —inquirió Peter.

—Allí, entre aquellos árboles —señaló Neely—. Pero sólo se ve cuando un relámpago ilumina el cielo.

—Tiene un aspecto más siniestro... —añadió Mónica.

Peter Morley y Rhonda Sanford permanecieron atentos, en espera de que el próximo relámpago les permitiera ver la casa de que hablaban Neely y Mónica.

Esto sucedió casi en seguida.

La casa se alzaba, como había dicho Neely, entre los árboles, no lejos de donde ellos se encontraban, y era grande y antigua.

Esto último fue lo que hizo decir a Mónica que tenía un aspecto siniestro.

—¿La han visto? —preguntó Neely, tras el relámpago. Peter y la profesora asintieron.

—¿Verdad que parece la mansión del conde Drácula? —dijo Mónica, con los ojos muy abiertos.

Peter sonrió.

—El conde Drácula vivía en un castillo, Mónica, y eso es sólo una casa.

—Pero grande y siniestra como un castillo habitado por fantasmas, eso no me lo negará.

—Grande, sí; pero siniestra... Quizá un poco, debido a la tormenta, pero a la luz del día debe ser una casa normal y corriente. Antigua, pero no fea.

—Lamento no estar de acuerdo con usted, Peter, pero a mí me parece horrible

—Y a mí —dijo Neely.

—¿Usted qué opina, señorita Sanford? —consultó Peter.

—Yo no viviría en una casa así, desde luego. No me sentiría tranquila —respondió la profesora de gimnasia.

—¿Estará habitada? —se preguntó Neely.

—Seguro —dijo Mónica.

—No se ve ninguna luz... —observó Peter.

—Los fantasmas no necesitan luz, pueden ver perfectamente en la oscuridad. Rhonda Sanford no pudo evitar un estremecimiento:

—¿Quieres callarte, Mónica?

—¿Por qué?

—Porque estás empezando a asustarme.

—Yo ya estoy asustada, señorita Sanford.

—Y yo —confesó Neely.

—Vamos, no seáis niñas —sonrió Peter—. ¿O es que todavía creéis en fantasmas? Mónica no respondió.

Tampoco Neely. No hizo falta.

Su silencio era harto significativo.

Peter Morley iba a añadir algo, cuando un rayo cayó sobre un árbol cercano.

El resplandor de la chispa eléctrica cegó momentáneamente a las veintiséis personas que se hallaban en el interior del autobús.

Rhonda Sanford y sus alumnas chillaron, aterrorizadas.

El rayo destrozó totalmente el árbol, de donde, tras el fugaz incendió, brotó una columna de humo negro.

Neely se abrazó a Peter.

Mónica también hubiera querido abrazarse al conductor, pero como ya no podía ser, se abrazó a la señorita Sanford.

El resto de las alumnas se abrazaron entre sí, sin dejar de gritar histéricamente.

—¡Calma, por favor! —pidió Peter.

—¡Corremos peligro, Peter! —gritó Rhonda Sanford—. ¡El próximo rayo puede caer sobre el autobús y carbonizamos a todos!

—¡Abandonemos el autobús! ¡Yo no quiero carbonizarme! —chilló Mónica.

—¡Sí, salgamos cuanto antes de aquí! ¡Tampoco yo quiero morir carbonizada! —gritó Neely.

—¡Refugiémonos en la casa, Peter! —sugirió Rhonda Sanford.

Neely y Mónica no rechazaron la sugerencia de su profesora, pese a que la casa les seguía pareciendo siniestra.

Sabían que era el único sitio donde podían refugiarse. Peter Morley meditó el asunto.

Quedarse en el autobús, desde luego, entrañaba peligro. Un serio peligro.

Salir de él, v alcanzar la casa, también entrañaba un riesgo. Peter no

lograba decidirse.

Otro rayo cayó, destrozando un segundo árbol, más cercano que el otro del autobús. Rhonda Sanford y sus alumnas chillaron de nuevo a pleno pulmón, dominadas por el pánico.

Peter ya no lo dudó más. Había que abandonar el autobús.

La casa era un lugar mucho más seguro. Bueno, al menos, eso pensaba Peter. Pero estaba equivocado.

Aquella casa era el lugar más peligroso del mundo. El más terrorífico. El más horroroso...

CAPITULO IV

—¡De acuerdo, nos refugiaremos en la casa hasta que pase la tormenta! —Dijo Peter Morley, quien, seguidamente, advirtió—: ¡Quiero que todas os cojáis fuertemente de la mano! ¡Formaremos una cadena, y ninguno de los eslabones debe romperse, pase lo que pase!

—No se preocupe, Peter. Haremos lo que nos dice —repuso Rhonda Sanford. Morley cogió una potente linterna eléctrica.

—Bien. Yo iré el primero. Déme usted la mano, señorita Sanford —indicó a la profesora de Educación Física.

Rhonda Sanford hizo lo que le pedía el conductor del autobús.

—Neely, cógete a la señorita Sanford. Mónica, tú de Neely... ¡Vamos, cogeos todas! — siguió indicando Peter.

Cuando todas las muchachas hubieron formado la cadena, Peter llenó sus pulmones de aire y abrió la puerta.

Descendió del autobús.

El viento le azotó con tal violencia, que estuvo a punto de derribarle, mientras el agua le calaba hasta los huesos en breves segundos.

Peter accionó la linterna y tiró de Rhonda Sanford. La cadena humana empezó a descender del autobús.

También a la profesora de gimnasia y sus alumnas les fue difícil aguantar los furiosos embates del viento, pero se mantuvieron bravamente en pie firme.

Todas ellas se convirtieron rápidamente en una sopa, pero a ninguna pareció importarle.

Tenían que alcanzar la casa. Eso era lo único que importaba.

Peter Morley se iba abriendo paso por entre la densa cortina de agua, en dirección a la casa.

Cada vez que un relámpago iluminaba el cielo, Peter se volvía un instante y se aseguraba de que la cadena que formaban no se había roto.

Repentinamente, una de las muchachas, la que respondía al nombre de Susan, cayó de rodillas, arrastrando consigo a Ann y Lizzie, las dos compañeras de quienes iba cogida.

—¡Peter, algunas de las chicas se han caído! —advirtió Rhonda Sanford, parándose. Peter Morley se detuvo también y enfocó con la linterna a las muchachas.

El potente haz de luz consiguió atravesar la cortina de agua, pero sólo unos pocos metros.

Suficientes, no obstante, para alumbrar a las tres muchachas que se habían caído, pues se hallaban entre las ocho primeras de la cadena.

—¡No os soltéis! —Gritó Peter—. ¡Tenéis que poneros en pie sin soltaros de la mano! ¡Vuestras compañeras os ayudarán! ¡Vamos, tirad de ellas hacia arriba!

Las muchachas que daban su mano a Ann y Lizzie tiraron con fuerza de

éstas, procurando, al mismo tiempo, no perder el equilibrio.

Ann y Lizzie consiguieron recuperar la vertical, y entonces ellas ayudaron a Susan a incorporarse.

Un nuevo relámpago iluminó el cielo, permitiendo a Peter comprobar con mayor nitidez que las tres muchachas estaban de nuevo en pie, y en condiciones de proseguir la penosa marcha hacia la casa.

—¡Bravo, chicas ..! —gritó Peter, para alentarlas—. ¡Sigamos adelante! —indicó, tirando nuevamente de la mano de Rhonda Sanford.

La cadena reanudó la marcha, luchando estoicamente con el agua y el viento.

Cuando estaban a sólo unos pocos metros de la casa, otro árbol resultó destrozado por un rayo.

Esto pareció dar nuevas fuerzas a las muchachas que casi las habían perdido por completo, y la cadena logró alcanzar la casa y protegerse, al menos de la lluvia, en el largo porche.

De! viento, sólo estarían a salvo dentro de la casa.

Peter, tras comprobar que todas las chicas estaban en el porche, tanteó la puerta, alta y recia.

Parecía atascada, pero no que estuviese el cerrojo echado. Peter cargó contra ella con el hombro.

La puerta cedió, haciendo chirriar agudamente sus goznes.

Peter dirigió el cono de luz hacia el interior de la casa, oscura como la boca de un lobo. Descubrió un espacioso vestíbulo, con artísticos candelabros en las paredes y muebles antiguos, llenos de polvo.

Evidentemente, hacía muchos años que allí no habitaba nadie.

Peter penetró en la casa, obligando a la profesora y sus alumnas a seguirle.

Cuando todas estuvieron dentro, Peter cerró la puerta y, con una sonrisa de satisfacción, dijo:

—Bien, parece que lo logramos.

—Sí, gracias a Dios, estamos a salvo —suspiró Rhonda Sanford.

—De los rayos, el agua y el viento, sí, pero... —murmuró Mónica.

—No empecemos, Mónica —le cortó Peter, severamente, pues temía que la muchacha metiese el miedo en el cuerpo a las demás.

—Eso digo yo —gruñó Rhonda Sanford. Mónica se calló.

—Encenderé los candelabros —dijo Peter, echando mano de su encendedor. Lo accionó y aplicó la llama a las gruesas velas.

Poco después, el amplio vestíbulo estaba totalmente iluminado.

Rhonda Sanford y sus alumnas, chorreantes de agua, lo observaron todo con curiosidad.

Peter Morley prefirió observarlas a ellas.

Así, con las ropas empapaditas y pegaditas al cuerpo, daba gusto observarlas.

Lo primero que saltaba a la vista era que la mayoría de las alumnas no usaban sujetador.

Peter se fijó particularmente en Rhonda Sanford.

La profesora de gimnasia si usaba sujetador, pero era tan ligero y tan breve, que era como si no llevase nada debajo de la roja blusita de tirantes.

Rhonda Sanford sorprendió casualmente al conductor con los ojos fijos en ella. En una parte de ella, más concretamente.

La que estaba a un palmo de la cintura, según se subía.

Fue en toces cuando la atractiva profesora se dio cuenta de que sus formas y las de sus alumnas quedaban descaradamente señaladas por las mojadas ropas.

Rhonda Sanford cruzó los brazos sobre el pecho, simulando sentir frío.

—Nos hemos calado, chicas —dijo, para obligar a sus alumnas a que le mirasen y descubriesen lo que sucedía.

Las muchachas se miraron... y lo descubrieron.

Luego, todas las miradas fueron hacia Peter Morley, más o menos maliciosamente.

—Es como si nos viera desnudas, ¿eh, Peter? —dijo Mónica, que llevaba una camiseta de algodón.

Bajo la ceñida y chorreante prenda, nada. O bastante.

Según como se mirase. Peter tosió.

—También yo estoy calado. Y no es bueno llevar encima ropas mojadas.

—¿Está proponiendo un strip-tease general, Peter...? —preguntó Neely.

—No seas descarada, Neely —le recriminó Rhonda Sanford. Peter rogó:

—Seguidme, muchachas. Tal vez en el salón haya chimenea, y leños para encender un buen fuego.

—¡Oh, sería estupendo! —exclamó Susan.

—¡Es lo que necesitamos! —dijo Ann.

—¡Vamos con Peter! —dijo Lizzie.

Peter Morley, seguido de la profesora de gimnasia y sus alumnas, recorrió la planta inferior de la casa, encendiendo cuantos candelabros encontraba a su paso.

Todo estaba cubierto de polvo. Y había bastantes telarañas. Encontraron el salón.

Una estancia amplísima, con cómodos muebles, protegidos por telas blancas, precaución ésta que en las otras estancias no había sido tomada.

Tuvieron suerte.

El salón disponía de una buena chimenea.

Y había varios troncos en ella, gruesos y secos. Por no faltar, no faltaba ni el atizador.

—¿No os lo dije, chicas? —sonrió Peter, acercándose a la chimenea.

—¡Qué suerte hemos tenido! —exclamó Lizzie.

—¿De veras te parece que hemos tenido suerte, Lizzie...? —repuso Rhonda Sanford, acordándose del terrorífico tormentón que les había obligado a abandonar el autobús y refugiarse en aquella casa, solitaria y deshabitada.

—Bueno, dentro de la desgracia, claro... —carraspeó la muchacha. Peter

ya estaba encendiendo los troncos.

Prendieron rápidamente, entre la alegría general.

Peter se irguió y se volvió hacia las muchachas, mirando concretamente a la profesora de Educación Física.

—Señorita Sanford, usted y las chicas deben quitarse la ropa y ponerla a secar.

—¿Y usted no? —preguntó Susan, pícaramente.

—Sí, yo también. Pero yo lo haré en la estancia contigua. Cuando me haya quitado la ropa, la arrojaré por la puerta y me la pondréis cerca del fuego.

—¿Y se quedará en la estanca contigua hasta que su ropa esté seca...? —inquirió Ann.

—Qué remedio. No puedo entrar aquí, estando vosotras desnudas —repuso Peter.

—Bueno, si promete permanecer con los ojos cerrados... —sugirió Mónica.

La mirada de Peter se posó fugazmente en la mojada camiseta de la muchacha, totalmente adherida al pecho femenino, lo cual permitía apreciar hasta los más mínimos detalles.

—Me temo que no sería capaz de mantener mi promesa, preciosas —respondió, y salió del salón, cuya puerta cerró, para que la profesora y sus alumnas pudieran desnudarse con toda tranquilidad.

Procedió a desvestirse en la estancia contigua. Sólo conservó el slip.

Primero, porque no estaba empapado, sino sólo húmedo. Después, porque no quería quedarse sin nada encima. No se fiaba de las alumnas de Rhonda Sanford.

Alguna de ellas podía asomarse de pronto y...

Con el resto de su ropa en las manos, Peter se acercó a la puerta y dio unos golpes con los nudillos.

—¡Eh, chicas, voy a abrir la puerta un palmo! —advirtió—. ¡Lo suficiente para arrojar mi ropa por e! hueco!

Escuchó risas al otro lado.

Y palabras, que no llegaban con claridad a sus oídos. Y algunas carreritas.

—¡Puede abrir, Peter! —autorizó Rhonda Sanford.

Morley abrió la puerta lo justo y lanzó su ropa al salón, cerrando seguidamente. Apenas un par de minutos después, una de las chicas lanzaba un chillido ensordecedor. Como si acabase de descubrir a un ser de otro mundo.

Peter Morley, alarmado, se lanzó sobre la puerta y la abrió violentamente, sin importarle que algunas de las muchachas, o quizá todas ya, estuviesen como vinieron al mundo.

CAPITULO V

Justo en el instante en que Peter Morley abría la puerta, otros gritos se unían al de Mónica, que era la muchacha que lanzara el primer chillido.

Mónica, como la mayoría de sus compañeras, se había desnudado completamente. Algunas de las chicas, muy pocas, conservaban todavía el pantaloncito.

Eso era el caso de Rhonda Sanford, la profesora de gimnasia, una de las que gritaban. En un principio, podría pensarse que gritaban por eso, porque el conductor del autobús había abierto la puerta sin avisar previamente y las había sorprendido totalmente desnudas o poco menos.

No era una idea descabellada.

Mónica podía haber lanzado aquel ensordecedor chillido con el solo propósito de alarmar a Peter Morley y hacerle abrir la puerta del salón con brusquedad, para ver qué ocurría allí.

Una broma pesada, desde luego. Y muy picante.

Pero broma, al fin y al cabo. Sin embargo, no era ése el caso.

Mónica chillaba porque había visto algo. Algo que la llenaba de terror.

Rhonda Sanford y el resto de las alumnas también habían descubierto ya lo que horrorizaba a Mónica. Por eso muchas de ellas gritaban, igualmente horrorizadas.

Peter Morley se dio cuenta inmediatamente de que todas tenían los ojos fijos en el sillón que estaba más próximo a la chimenea, cuya tela protectora yacía en el suelo, a los pies del mueble.

Los cuerpos de la profesora y sus alumnas le impedían ver lo que había en el sillón. ¡Porque algo debía haber, cuando todas lo miraban fijamente, entre gritos de horror! Peter, que no se decidía a entrar en el salón, por respeto a la desnudez de las muchachas, mandó finalmente el respeto al cuerno y corrió hacia el sillón que ellas no le dejaban ver.

—¿Qué diablos ocurre? —inquirió.

—¡Ahí, Peter! —gritó Rhonda Sanford, apuntando el asiento del sillón con su brazo derecho, mientras con el izquierdo se cubría los senos.

Peter ya podía ver el sillón. Y lo que había en su asiento.

No pudo evitar que un ramalazo de frío le estremeciera el cuerpo de pies a cabeza. ¡Era una serpiente!

¡Una serpiente de gran tamaño! ¡Enorme!

Permanecía enrollada en el asiento, y parecía dormida. Pero sólo lo parecía.

Súbitamente, el reptil ofidio levantó la cabeza y abrió los ojos.

La profesora de Educación Física y sus veinticuatro alumnas, que habían dejado de gritar al descubrir la presencia de Peter Morley, chillaron de nuevo, con más fuerza si cabe que antes, al tiempo que se apretaban unas a otras.

—¡Atrás! —Rugió Peter, empujándolas con los brazos—. ¡Retroceded,

rápido!

Las chicas obedecieron, sin apartar en ningún momento sus dilatados ojos de la serpiente.

Casi ninguna se acordaba de cubrir su desnudez.

El terror que sentían les impedía pensar en otra cosa que no fuera aquella descomunal serpiente, hasta entonces aparentemente dormida, pero ahora despierta y amenazante, para mayor horror.

Cuando la profesora y sus alumnas estuvieron prudentemente alejadas del monstruoso reptil, casi junto a la puerta del salón, Peter ordenó:

—¡Quietas aquí! ¡Yo me ocuparé de la serpiente!

—¡No se enfrente a ella, Peter! —gritó Rhonda Sanford, temiendo por la suerte del conductor.

Morley desoyó el consejo de la profesora.

Se acercó a la chimenea, por el otro lado de la estancia, y atrapó el atizador del fuego. Era una buena arma.

La mejor de que podía disponer.

Peter empuñó con firmeza el atizador y se aproximó lentamente a la gigantesca serpiente.

Con toda precaución.

Temía que el peligroso reptil se disparara de pronto sobre él, y no le diera tiempo a utilizar el atizador.

Rhonda Sanford y sus alumnas enmudecieron.

Casi ni se atrevían a respirar, dada la tensión del momento.

Pálidas como cadáveres, temblorosas como flanes, y con las piernas agarrotadas por el pánico, se dispusieron a presenciar el audaz enfrentamiento de Peter con la terrorífica serpiente.

A más de una se le paró momentáneamente el corazón cuando vieron que la serpiente levantaba más su gruesa cabeza y mostraba su peculiar lengua.

Peter, que ya casi tenía al reptil al alcance del atizador, acentuó su precaución. El animal parecía dispuesto a lanzarse al ataque de un momento a otro.

Peter avanzó un poco más. Lo justo.

Lo necesario.

Ahora ya tenía a la feroz serpiente al alcance del atizador.

Peter lo levantó un poco más y luego lo descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza del bicho.

El atizador hizo mucho daño a la serpiente, pero no fue, ni mucho menos, un golpe definitivo.

Para acabar con un reptil ofidio de aquellas proporciones, eran necesarios varios buenos golpes más.

Peter, que ya lo suponía, comenzó a dárselos. Todos en el mismo sitio.

En la gruesa cabeza.

El atizador subía y bajaba una y otra vez, con asombrosa rapidez, y la poderosa serpiente se retorcía de dolor en el asiento de! sillón, sin poder

evitar la lluvia de golpes.

A medida que el atizador le machacaba más y más la cabeza, el reptil se movía más lentamente, dando la impresión de que las fuerzas se le iban, de que la vida se le escapaba...

Finalmente, quedó quieta, la cabeza totalmente destrozada.

Peter todavía le atizó un par de golpes más, para mayor seguridad. Luego, bajó el brazo lentamente y observó el cadáver del animal.

El velludo tórax de! conductor se hinchaba y deshinchaba violentamente, a causa del esfuerzo realizado, mientras las primeras gotas de sudor hacían su aparición.

Peter estaba cansado, sí; pero satisfecho.

No era tarea sencilla acabar con un bicho como aquél con un simple atizador, y él lo había logrado.

Se volvió hacia la profesora de gimnasia y sus alumnas. En sus pálidas caras había más asombro que otra cosa.

Pero como Peter no sólo se fijó en sus caras, las muchachas comenzaron a salir de su estatismo y cada cual se cubrió las zonas más íntimas como mejor supo.

Utilizando las manos y los brazos, claro. No disponían de otra cosa.

Las que aún conservaban la prenda más íntima, como Rhonda Sanford, tuvieron menos problemas para cubrirse, aunque también para ellas la situación era embarazosa, pues no era demasiado lo que los sugestivos pantaloncitos cubrían.

Las otras, las que iban sin nada, procuraron colocarse detrás de las que llevaban algo, pero como éstas sólo eran cinco o seis, no cabían todas, por mucho que se apretujaran.

La cosa resultó cómica.

Peter, comprendiendo que rio debía mirar a la profesora y sus alumnas, por muy tentador que ello fuera, prestó de nuevo atención a la serpiente muerta.

Evidentemente, lo mejor sería sacarla del salón.

Su enorme cuerpo, su pulverizada cabeza, impresionaban demasiado, y cubrirla con la tela blanca que yacía en el suelo, no sería una solución.

Bastaría saber que estaba allí, en el asiento del sillón, oculta bajo la tela, para que las muchachas no se sintiesen tranquilas en aquella estancia.

Peter tomó la tela y la extendió bien en el suelo, delante del sillón. Después, con el atizador, hizo caer sobre ella el cuerpo inmóvil de la gigantesca serpiente.

La tapó con la tela y luego tiró "de ésta, con ambas manos.

Arrastró la serpiente hasta la puerta, sin apenas levantar la mirada, pues iba directo hacia la profesora y sus alumnas, y no quería ponerlas más nerviosas de lo que ya estaban, a causa de su desnudez.

—Paso, por favor —pidió, tras un carraspeo.

Las chicas se hicieron a un lado, moviéndose todas a la vez, como un bloque. Peter reprimió una sonrisa.

Salió del salón.

En seguida escuchó carreritas y voces ahogadas.

Adivinó que las muchachas corrían hacia su ropa, para cubrirse con ella, aunque continuara mojada, y rió quedamente.

Soltó la tela que envolvía a la serpiente, pero no regresó al salón. Quería dar tiempo a las chicas para que pudieran ponerse parte de la ropa, al menos.

Cuando calculó que ya lo habrían hecho, entró de nuevo en el salón. Efectivamente, todas se habían puesto la blusa o la camiseta y el pantaloncito. Los pantalones largos, o las faldas, no.

Ninguna.

Todas estaban con las piernas al aire.

Debieron pensar que, después de haberlo enseñado todo, o casi todo, por culpa de la serpiente, no tenía ninguna importancia seguir con las piernas al descubierto.

Peter sonrió.

—¿Más tranquilas ya, chicas?

—Oh, sí... —suspiró Neely.

—Fue usted muy valiente, Peter —dijo Ann.

—¡Valientísimo! —exclamó Susan.

—¡Un héroe! —dijo Lizzie.

—¡Eh!, tampoco hay que exagerar... —repuso el conductor, quitándole importancia a la cosa con un gesto.

—Todas le estamos muy agradecidas, Peter —dijo Rhonda Sanford, con una suave sonrisa.

Peter Morley perdió un par de segundos contemplando las larguísimas piernas de la profesora de Educación Física, de esbeltos y moldeados muslos. Luego, carraspeó y preguntó:

—¿Quién descubrió la serpiente?

—Yo —respondió Mónica.

—¿Cómo sucedió?

—Se me ocurrió quitar la tela que protegía el sillón, para ver cómo era el mueble, y entonces la vi. ¡Creí morirme de espanto! —confesó la muchacha, estremeciéndose.

—¿No habrá más, Peter..,? —preguntó Neely, mirando los otros muebles.

—Lo comprobaremos, aunque estoy seguro de que no. Ya es demasiado raro que hubiese una serpiente así en esta casa. Por su forma y tamaño, yo diría que es una serpiente pitón, y estos animales son propios de América y Asia —explicó Peter—. No sé cómo demonios pudo llegar hasta aquí, la verdad.

—Debió traerla alguien... —opinó Susan.

—¿Para qué?

—Para asustarnos a nosotras —bromeó Lizzie. Sus compañeras rieron.

También Peter, quien seguidamente procedió a descubrir todos los muebles, retiró las telas protectoras con el atizador.

No, no aparecieron más serpientes; ni pitón, ni de las otras. Ni ninguna otra clase de bichos.

Esto tranquilizó no poco a la profesora y sus alumnas. Peter dijo:

—Bien, como no hay más serpientes que matar, vuelvo a la otra estancia Os habéis puesto de nuevo las ropas mojadas, y sigo opinando que eso no es bueno.

—Nosotras opinamos lo mismo, pero no podíamos seguir en cueros delante de usted, Peter... —repuso Ann.

Sus compañeras volvieron a reír. Peter tosió.

—Cuando mi ropa esté seca, avisadme —dijo, y fue hacia la puerta. Cuando se disponía a cruzarla, descubrió algo que le dejó helado.

La tela con la que envolviera a la serpiente estaba prácticamente extendida, y el reptil había desaparecido...

CAPITULO VI

Peter Morley se quedó clavado. Los ojos fijos en la tela.

Sin comprender nada.

—¿Ocurre algo, Peter...? —inquirió Rhonda Sanford.

—¿Qué? —respingó el conductor.

—¿Por qué se ha quedado parado? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, señorita Sanford —mintió Peter, y salió del salón, cerrando rápidamente la puerta.

Se quedó junto a ésta, la espalda apoyada en ella, sin lograr salir de su estupor.

Se frotó los ojos, temiendo que tal vez éstos le estuviesen jugando una mala pasada. Pero no.

Sus ojos, después de frotárselos, continuaron viendo la tela blanca extendida en el suelo.

Y lo que era peor: sin ver a la serpiente pitón. ¿Cómo diablos era posible? La serpiente estaba muerta.

Y bien muerta, además

Él le había dejado la cabeza hecha una pasta.

Y ninguna serpiente, por fuerte que fuera, podía arrastrarse con la cabeza convertida en puré.

Parecía cosa de brujas. O de fantasmas.

Peter pensó en Neely y Mónica.

Eso dirían las dos, que era cosa de fantasmas. Ellas sí creían en fantasmas.

El, no.

Nunca había creído en esas cosas, y no iba a creer ahora, por muy fantástico e inexplicable que fuese lo que acababa de suceder.

Tal vez la serpiente no estaba muerta, sino moribunda, y había conseguido arrastrarse y ocultarse en algún sitio, aun con la cabeza hecha migas.

Peter recordó algo que solía contar su abuela, siendo él muy niño todavía, y que le ocurrió a ella una vez, la víspera de Navidad.

Le había cortado el cuello a un hermoso pavo con un enorme y afilado cuchillo de cocina, y el recipiente que ella pusiera bajo el cuello del animal, para recoger en él toda la sangre que brotase de la herida, estaba ya casi lleno.

El pavo había dejado de debatirse. Parecía muerto.

Y, en buena lógica, debía estarlo, con aquel enorme tajo en la garganta y sin sangre ya en el cuerpo.

La herida apenas goteaba ya.

Su abuela soltó el pavo, cogió el recipiente de la sangre, y se levantó de la silla. Entonces, ocurrió algo insólito, imposible de creer, si uno no lo veía con sus propios ojos.

Y, aun así, era para dudarlo.

El robusto pavo se puso en pie de un salto y empezó a correr, con la cabeza

doblada, colgando macabramente sobre su cuerpo, pues no podía erguirla, ya que prácticamente tenía el cuello partido en dos,

¡Y corría con más vigor que cuando estaba vivo...!

Su abuela dejó caer el recipiente de la sangre y echó a correr también, pero no detrás del pavo, sino en dirección opuesta, gritando con todas sus fuerzas: «¡El pavo está endemoniado, el pavo está endemoniado!»

Más tarde, el pobre pavo aparecía muerto en un rincón de la casa. Su abuela, sin embargo, se negó rotundamente a pelarlo, pues seguía pensando que aquel anima! tenía al demonio metido en el cuerpo, y si no hubiera sido por su madre —la de Peter—, aquella Nochebuena no hubiesen cenado el tradicional pavo,

Pero cenaron pavo. Bueno, todos no.

La abuela de Peter se negó tozudamente a probarlo, y cenó chuletas de cordero, lo cual la obligó a soportar no pocas bromas y risas durante la cena.

Peter no pudo evitar una sonrisa al recordar el suceso.

Pensó que a la serpiente pudo haberle sucedido lo que al pavo que mató su abuela. Seguro que la encontraba muerta en algún rincón de la casa.

Peter apretó la empuñadura del atizador y fue en busca del reptil. En aquella estancia no lo encontró.

Ni en la de al lado.

Peter no quiso alejarse más.

Las muchachas podían llamarle, y no las oiría.

Regresó a la estancia contigua al salón, pensando en qué explicación daría a la profesora y sus alumnas cuando ellas advirtiesen que la serpiente no estaba en la habitación contigua al salón.

Por de pronto, Peter recogió la tela blanca y la escondió debajo de un mueble.

Unos treinta minutos después, la puerta del salón se abría y Rhonda Sanford pasaba a la estancia donde aguardaba Peter Morley, con la ropa de éste en las manos.

La profesora ya iba completamente vestida.

—Su ropa, Peter.

—¿Ya está seca,..? —se extrañó el conductor.

—Sí, toque y verá.

—Caramba, es cierto... Qué pronto se ha secado.

—El fuego es grande, y yo puse su ropa muy cerca de la chimenea, junto a la mía. Por eso se ha secado antes —explicó Rhonda Sanford—. Algunas de las muchachas aún están a medio vestir, pues sus pantalones no se han secado del todo. Aunque no tardarán mucho.

—Gracias por traerme la ropa, señorita Sanford.

—Deje ya de llamarme señorita Sanford, ¿quiere? Me llamo Rhonda, y usted lo sabe.

—Deseaba llamarla por su nombre, pero no me atrevía.

—¿Por qué?

—Bueno, delante de sus alumnas, pensé que debía

—Usted no tiene por qué llamarme señorita Sanford, Peter. No es alumno mío.

—Pero me gustaría serlo. ¿No da usted clases particulares de gimnasia, Rhonda...? La profesora rió.

—No, no las doy. Además, no creo que usted las necesite. Tiene un cuerpo ágil y fuerte, sin un gramo de grasa.

—A mí me gusta más el suyo —piropeó Peter.

—Se agradece el cumplido.

Peter, que ya se había puesto los pantalones y la camisa, enlazó de pronto a la profesora de gimnasia por el talle, la atrajo hacia sí y le selló la boca con la suya.

Fue un beso largo y apasionado.

Rhonda Sanford, indudablemente sorprendida, dudó entre rechazar al atrevido conductor o aceptar sumisamente su beso.

Un beso muy agradable, por cierto.

También Peter Morley era un joven agradable. Dos buenas razones para no rechazarle.

Y Rhonda no le rechazó.

Cuando Peter separó su boca de la de ella, y se miraron a los ojos, la profesora de gimnasia dijo:

—¿Sabe que es usted un tipo muy atrevido, Peter?

—Y usted una maravilla de mujer, Rhonda.

—¿Por qué me ha besado?

—Me apetecía mucho.

—¿Qué le parece si me suelta? —sugirió ella.

—¿No se encuentra a gusto en mis brazos? —preguntó Peter.

—Me sentiría mejor si no me tuviera tan apretada

—Es que así estamos más cerca el uno del otro.

—No estamos cerca, estamos pegados.

—Quiero percibir el calor de su cuerpo.

—Cuidado, no se queme —ironizó Rhonda.

—Abrasarme me gustaría...

—;Huy!, que se me está lanzando usted...

—Ya estoy lanzado —repuso Peter, y trató de besar por segunda vez a la profesora. Ella le puso una mano en la boca.

—Frénese, Peter.

—Oiga, que no soy un caballo.

—Tampoco es un pulpo y, sin embargo, lo parece.

—¿Por qué dice eso?

—Porque me ha aprisionado con sus tentáculos y no hay manera de que me suelte.

—Es que no deseo soltarla.

—Y yo no deseo que me deje el pecho plano.

—Yo tampoco, créame —sonrió significativamente Peter.

—Pues deje de apretarme contra usted, hombre.

—Oiga, usted no podría ser novia de un boxeador.

—¿Por qué?

—No le gusta el cuerpo a cuerpo.

—Lo que no me gusta es que me trituren.

—A besos la trituraría yo...

—Y yo a usted a bofetadas. Peter sonrió contagiosamente.

—¿Es usted pegona, Rhonda?

—No, pero cuando no hay más remedio que sacudir, sacudo.

—¿Y de veras siente deseos de sacudirme a mí?

—Preferiría no tener que hacerlo, pero si no me suelta...

—Me parece que usted no sacude ni el polvo de los muebles. Rhonda Sanford apretó los dientes.

—Conque no, ¿eh? ¡Ahora verá!

—¡Eh!, que sólo era una broma —advirtió Peter, al ver que la profesora levantaba la mano derecha, y se apresuró a soltarla.

—Pues yo no amenazaba en broma —gruñó ella, bajando la mano.

—Ya me he dado cuenta, ya.

—Qué frescura de hombre —rezongó la joven.

—¿Se ha enfadado de nuevo conmigo, Rhonda?

—Sí, porque... —Rhonda Sanford se interrumpió de pronto y miró a su alrededor, como si buscara algo—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está... el qué? —preguntó Peter.

—La serpiente pitón. No la veo por ninguna parte...

Peter carraspeó.

—La llevé a un lugar donde usted y sus alumnas no pudiesen verla al salir del salón — mintió—. Pensé que sería lo mejor.

—Sí, claro. Es una visión tan horrorosa, que... ¡Peter! —chilló de pronto la profesora, desorbitando los ojos.

Peter Morley se volvió velozmente hacia la entrada de la estancia.

Se le heló la sangre en las venas al ver lo que acababa de aparecer por aquella puerta.

CAPITULO VII

Rhonda Sanford se abrazó al conductor, horrorizada.

Peter Morley no apretó contra sí el tembloroso cuerpo de la profesora de Educación Física.

Estaba como paralizado, observando con ojos agrandados y llenos de asombro al animal que acababa de entrar en la habitación.

Sí.

Otro bicho.

Tan horroroso o más que la serpiente pitón. Se trataba de una araña.

¡Pero qué araña! Escalofriantemente gigantesca.

Tenía aproximadamente el tamaño de una tortuga de mar. Y se movía con, la misma lentitud.

Por su forma, parecía una tarántula. Y sin duda lo era.

¿Pero cómo había podido desarrollarse tanto? Era todo un misterio.

Un misterio que llenaba de horror a Peter Morley y Rhonda Sanford. Especialmente a la muchacha.

La monstruosa araña seguía avanzando, moviendo lentamente sus cuatro pares de enormes patas.

Iba directa hacia ellos.

Peter se fijó en los varios ojos del animal, dispuestos en arco. En su boca.

En los ganchudos y venenosos quelíceros... (*Las dos piezas que las arañas llevan en la parte anterior del cuerpo*).

Sintió que se le erizaba aún más la piel. Peter se dijo que había que entrar en acción. Y pronto.

Cuanto más se acercarse a ellos la feroz tarántula, más difícil sería hacerle frente con éxito.

Porque había que hacerle frente. Forzosamente.

Refugiarse en el salón, con las muchachas, no serviría de nada.

Tarde o temprano tendrían que salir de allí, y la espantosa araña les estaría esperando. Peter cogió por los hombros a la aterrada profesora de gimnasia y la obligó a retroceder hacia la puerta que comunicaba con el salón.

—¡Atrás, Rhonda!

—¡Ocultémonos en el salón, Peter! —sugirió ella.

—¡No! ¡Hay que hacer frente a ese bicho!

—¡Le matará, Peter!

—Pude con la serpiente, ¿no?

—¡Ese animal es aún más peligroso!

—Eso no es necesario que me lo diga. ¡Quédese aquí, Rhonda!

—¡Peter,..! —llamó la profesora, angustiada.

El conductor ya corría hacia donde había dejado el atizador.

Lo empuñó con firmeza y fue al encuentro de la descomunal tarántula. Pronto comprendió que no sería fácil alcanzarla con él.

Dadas las extraordinarias dimensiones de las patas del arácnido, se vería obligado a situarse entre ellas si quería que el extremo del atizador golpease el cefalotórax (*Parte anterior del cuerpo de las arañas, donde tienen la boca y los quelíceros*) del bicho.

Y eso sería muy peligroso.

Peter retrocedió, mientras buscaba con la mirada algún objeto contundente que poder arrojar a la tarántula.

Descubrió una figura de bronce sobre una repisa. Representaba un águila con las alas extendidas. Peter fue rápidamente hacia ella y la tomó.

Se acercó de nuevo a la horripilante araña.

Cuando calculó que no debía aproximarse más, levantó la pesada figura y la arrojó con todo el ímpetu de que fue capaz sobre el cefalotórax de la tarántula.

El lanzamiento fue de lo más certero.

La alucinante araña encogió sus larguísimas patas y quedó hecha una bola. Se retorció en el suelo, mientras por la tremenda herida causada por la figura de bronce brotaba un jugo glutinoso y pestilente.

Peter se dijo que ahora era el momento de utilizar el atizador.

De un salto se plantó muy cerca de la encogida tarántula y comenzó a sacudirle con el atizador.

Por lo menos una docena de golpes le dio. Y en un tiempo récord.

El atizador machacó materialmente el cuerpo de la aterradora araña, negro por encima, rojizo por debajo y velloso en el tórax.

Incluso quebró varias de sus patas, al tratar de protegerse el bicho el cuerpo con ellas. Peter suspendió el torrente de golpes.

La araña —lo que quedaba de ella, más bien—, ya no se movía. Era sólo una hedionda masa de vísceras trituradas.

Estaba muerta.

No podía quedar ninguna duda al respecto.

—Tú sí que no desaparecerás, amiguita... —murmuró Peter, jadeante por el esfuerzo.

—¡Peter! —exclamó Rhonda Sanford. El conductor se volvió hacia ella.

La profesora tenía el rostro blanco como la cal, y todo su cuerpo se convulsionaba violentamente.

Peter caminó hacia ella. Rhonda se echó en sus brazos.

—¡Qué miedo he pasado, Peter! Morley la estrechó fuertemente.

—Tranquilícese, Rhonda. El peligro ha pasado ya.

—¡No creí que pudiera usted con ese enorme bicho!

—Yo puedo con todo lo que me echen —bromeó Peter. Rhonda levantó la cabeza y le miró.

Peter aprovechó la ocasión para besarla en los labios.

Unos labios trémulos v fríos, a causa del pánico que había sufrido la profesora de gimnasia, y que aún no había abandonado totalmente su joven y estilizado cuerpo. Tras el beso, tierno y cálido, Peter la miró a los ojos.

—¿Más tranquila va, Rhonda?
—Sí... —musitó ella.
—Le daré otro beso para que se tranquilice del todo. Peter se lo dio.
Rhonda no hizo nada por evitarlo, incluso se atrevió a devolver la caricia. Volvieron a mirarse.
—Es usted un besucón, Peter.
—Mi madre ya lo decía —sonrió el conductor.
—¿Besaba mucho a su madre?
—Lo normal. Tres o cuatro veces al día.
—No es mucho...
—No, pero es que a Kathy le daba quince o veinte todos los días —carraspeó Peter.
—¿Y quién era esa Kathy?
—La sirvienta que teníamos en casa, una rubita de diecinueve años, muy apañadita de formas.
Rhonda sonrió.
—Veo que es usted un buen pájaro, Peter.
—¿Lo dice por lo que me gusta «picotear» los labios femeninos?
—Por eso y por otras cosas.
—¿Como por ejemplo...?
—También le gusta mucho apretujar a las mujeres.
—Es verdad. Y, de manera especial, a usted.
—¿Por qué?
—Es una maravilla de chica, ya se lo dije antes.
—¿No cree que exagera?
—Ni un ápice. Recuerde que hace rato la vi sólo con un sucinto pantaloncito, y así no es posible engañar a nadie.
—No, creo que no.
—¿Tiene usted novio, Rhonda?
—No.
—Cuando quiera echarse uno, aquí me tiene a mí.
—¿También usted está libre?
—Como todo buen pájaro.
—El día que yo me eche novio será un tipo formal.
—¿Y yo le parezco informal.,.?
—Sí, creo que tiene más de eso que de lo otro.
—Pues se equivoca, Rhonda. Yo siempre voy con la verdad por delante.
—Ande, suélteme ya, que empiezan a dolerme las costillas —rogó la joven, sonriente.
—Las mías se están derritiendo de placer —repuso Peter, sin soltarla.
—Nada, que se ha empeñado usted en deformarme el pecho.
—No diga tonterías, me encanta la forma que tiene ahora. Sólo deseo sentirlo contra el mío, percibir su calor...
—Ya salieron de nuevo las calorías.

—Vamos, confiese que usted también se siente a gusto pegadita a mí...

—Ni que fuera un sello.

—Eso, imagínese que es un sello, y que yo soy un sobre.

—Dejémonos de imaginar cosas y suélteme. Tengo que volver con las chicas. Mi tardanza ya les estará dando qué pensar. Y es posible que no piensen muy bien.

Peter la soltó, al tiempo que preguntaba:

—¿Estarán ya todas vestidas?

—Seguro que sí.

—Compruébelo, y si lo están, regresaremos al autobús. Parece que la tormenta ha amainado.

—¿Amainado...?

—Los truenos ya no son tan fuertes.

—A mí me parecen igual de impresionantes. Lo que ocurre es que estamos dentro de la casa, y eso hace que...

Peter la tomó por los hombros y, gravemente, dijo:

—Tenemos que salir de aquí, Rhonda. Esta casa es más peligrosa aún que la tormenta.

—¿Lo dice por la serpiente y por...?

—Sí, por la serpiente y por la araña. Si la presencia de la primera tenía difícil explicación, el tamaño de la segunda... —Peter giró la cabeza para contemplar la horrorosa tarántula.

Dio un violento respingo.

Rhonda Sanford también respingó con fuerza. ¡La machacada araña había desaparecido...!

CAPITULO VIII

Durante bastantes segundos Peter y Rhonda Sanford permanecieron quietos cuino estatuas, la boca abierta de par en par.

Perplejidad...

Estupefacción...

Incredulidad...

Todo esto y más reflejaban las caras del conductor v la profesora de Educación Física. De pronto, Rhonda Sanford clavó las uñas en el brazo de Peter Morley y gimió:

—¡Peter...! ¡El cuerpo de la araña se ha esfumado...!

—Como el de la serpiente pitón... —murmuró Morley.

—¿Qué?

—Le mentí antes, Rhonda. No llevé a la serpiente muerta a ningún sitio. La dejé aquí, en el centro de esta habitación. Si tardé un poco en volver al salón, fue porque usted y sus alumnas estaban desnudas o casi desnudas, y quise darles tiempo a que se pusieran parte de la ropa, al menos... Cuando regresé de nuevo a esta habitación, la serpiente pitón había desaparecido sin dejar rastro, como ahora la araña. Sólo encontré la tela con la que la había envuelto para sacarla del salón. La busqué, pero no pude dar con ella. Y me temo que ocurrirá lo mismo con la araña, si la buscamos. No la encontraremos...

Rhonda Sanford sintió culebrear el pánico en sus huesos.

—Peter... —pronunció con un hilo de voz, mientras miraba nerviosamente a su alrededor, como si temiera que de pronto apareciera otro gigantesco y monstruoso bicho—. Creo que voy a desmayarme, Peter... —anunció, porque sentía una gran debilidad en las rodillas.

Morley le pasó el brazo por la cintura.

—Es un mal momento para desmayarse, profesora,

—Lo que está ocurriendo en esta casa no es natural, Peter..,

—No, no lo es. Por eso quiero que la abandonemos cuanto antes.

—¿Cómo pudo desaparecer el cuerpo de la araña? Estaba destrozado a golpes...

—También la serpiente tenía la cabeza machacada y desapareció igualmente.

—Sí, pero la serpiente desapareció mientras usted estaba con nosotras, en el salón, y la araña ha desaparecido delante de nuestras narices...

—¿Dónde está la diferencia?

—Bueno, la serpiente pudo llevársela alguien...

—¿Quién? No hay nadie en esta casa, Rhonda,

—¿Cómo podemos estar seguros de eso?

—¿Es que no ve cómo está todo de sucio y abandonado? Si aquí habitase alguien, los muebles no estarían llenos de polvo. Y hubiese aparecido al

oírnos entrar en la casa...

—Si se tratase de una persona normal, de carne y hueso, sí, pero...

Peter miró severamente a la profesora.

—¿También usted cree en fantasmas, como Mónica y Neely?

—Hasta hoy no había creído.

—¿Y por qué cree ahora?

—No tengo otra explicación para lo ocurrido, Peter.

—Pues la hay, no lo dude.

—La araña estaba materialmente deshecha, no ha podido moverse por sí misma, estaba muerta... Alguien tuvo que llevársela. Pero nosotros no vimos a nadie...

—Tal vez no lo vimos porque estábamos distraídos.

—¿Admite ya que alguien se llevó el cuerpo de la araña?

—Yo no admito nada. Sigo pensando que esta casa está deshabitada. Y desde hace muchos años. También pienso que no es posible que la araña desapareciese por sí sola, porque estaba materialmente triturada. Lo mismo digo de la serpiente pitón. También su cabeza estaba deshecha... Sin embargo, es un hecho que ambos bichos han desaparecido. Un hecho para el que por el momento no tenemos explicación, aunque insisto en que debe haber una.

Rhonda Sanford no dijo nada.

Evidentemente, ella seguía pensando que lo sucedido había sido cosa de los fantasmas que habitaban aquella casa.

De ahí su expresión de terror. Peter Morley dijo:

—Volvamos con las chicas, Rhonda. Y, por favor, no les hablé de la gigantesca araña, ni de la misteriosa desaparición de la serpiente. Las llenaría de pánico.

—Así estoy yo, Peter; llena de pánico...

—Pues procure disimularlo. Hemos de abandonar la casa, pero con serenidad. Si cunde el pánico entre las chicas, no quiero ni pensar lo que puede ocurrir.

La profesora asintió con la cabeza.

—Me esforzaré por mostrarme tranquila, se lo prometo.

—Mucho tendrá que esforzarse, Rhonda. Está temblando, y tiene las mejillas muy pálidas... —observó Peter.

—Lo de los temblores no creo que sea problema, sabré dominarlos. Lo de la falta de color en las mejillas, 5'a es más difícil de solucionar... ¿Por qué no me da unas cuantas bofetadas? —sugirió la joven,

—Yo jamás he pegado a una mujer, Rhonda.

—Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias...

—No, tengo miedo de hacerle daño. Además, le quedarían las marcas de los dedos, y las muchachas adivinarían en seguida que usted acababa de ser abofeteada. ¿Se imagina lo que pensarían sus alumnas de mí...?

—¿Y no se le ocurre nada, que sea mejor que lo de las bofetadas?

—Sí, creo que sé cómo lograr que le salgan los colores, sin dejar huellas de

dedos. Pero...

—¿Cómo? —preguntó Rhonda. Peter carraspeó nerviosamente,

—Mejor será que pensemos otra cosa

—¿Por qué?

—Podría usted enfadarse conmigo, y...

—No diga tonterías. Teniendo en cuenta la situación, no puedo enfadarme por nada.

—¿Seguro que no?

—Le doy mi palabra.

—Está bien, dése la vuelta. Rhonda obedeció.

—Separe ligeramente los brazos del cuerpo —indicó Peter. La profesora lo hizo.

Entonces, Peter se pegó a ella por detrás, le pasó los brazos por debajo de Tos suyos y apretó suavemente con las manos el pecho femenino, por donde más relieve tenía. Rhonda Sanford dio un respingo.

—¡Peter...! —exclamó, sujetando rápidamente las manos de él con las suyas. El conductor soltó lo que acababa de atrapar.

La profesora se volvió furiosamente.

Su cara, ahora, estaba roja como la grana.

—¿Cómo se ha atrevido a...? Peter tosió.

—Rhonda, me dio usted su palabra de no enfadarse conmigo —recordó.

—¿Cómo iba yo a imaginar que...?

—Se trataba de hacerle salir los colores sin dejar huellas de dedos, ¿no? Pues ya le han salido.

—¡Naturalmente que me han salido! ¿A qué chica decente no le salen los colores cuando un tipo atrevido le pone las manos en los...?

Peter tosió de nuevo,

—Ya sabía yo que se molestaría.

—¿Por qué "no me apretó otra cosa?

—¿Otra cosa?

—¡Los hombros, por ejemplo!

Peter contuvo a duras penas una sonrisa.

—Apretarle los hombros a una mujer no supone ningún atrevimiento, y no hubiéramos logrado nuestro objetivo —repuso.

—¡Debió decirme lo que pensaba hacer!

—Como usted aseguró que no se enfadaría por nada, pues...

Rhonda Sanford resopló.

—No le perdonaré lo que ha hecho, Peter.

—Le recuerdo que sólo lo hice con una intención, Rhonda.

—Aun así. No era necesario mostrarse tan atrevido. Una palmada en el trasero, por ejemplo, hubiera sido suficiente.

—No lo pensé —carraspeó Peter.

—Claro, no lo pensó —gruñó la joven.

—Bien, creo que debemos reunimos con las chicas, antes de que el color

huya nuevamente de sus mejillas —aconsejó Peter.

—Sí, será lo mejor —mascullό Rhonda. Entraron los dos en el salón.

Peter llevaba de nuevo el atizador en la mano derecha.

Y no pensaba soltarlo hasta que no se hallasen en el interior del autobús.

También él, como la profesora de gimnasia, temía que de pronto apareciera otro enorme y horroroso animal.

Las veinticuatro muchachas estaban ya completamente vestidas y charlaban, formando corros, cerca de la chimenea.

—Fijaos en la profesora, chicas —dijo Neely.

—Tiene la cara roja... —observó Mónica.

—Apuesto a que Peter la ha besado —dijo Susan.

—Habrá hecho algo más que besarla, porque la señorita Sanford parece enfadada — adivinó Ann.

—Yo pienso lo mismo —opinó Lizzie—. Peter debe tener las manos muy largas.

—Así me gustan a mí los chicos —manifestó pícaramente Neely.

—¡Toma!, y a mí —rió Mónica.

Ann, Susan, Lizzie, y las muchachas que formaban corro con ellas, rieron también. Rhonda Sanford se detuvo en e! centro del salón.

—Atención todas. Volvernos al autobús —hizo saber.

—¿Para eso hemos puesto a secar nuestra ropa, para mojarnos otra vez...? —protestó Ann.

—Peter dice que es mejor regresar al autobús.

—¿Por qué no nos quedamos en la casa hasta que pase la tormenta? Para eso vinimos, ¿no? —recordó Lizzie.

La profesora miró a Peter Morley. Este habló:

—Muchachas, comprendo que no deseéis mojaros nuevamente, Tampoco a mí me hace ninguna gracia, os lo aseguro. Pero estaremos más seguros en el autobús.

—¿Más seguros,..? —Exclamó Susan—. ¿Y si nos cae un rayo y nos achicharra a todas?

—La tormenta ya no está sobre nosotros, prácticamente ha desaparecido el peligro que la misma entrañaba. Sigue la lluvia, sigue el viento, pero los truenos se oyen más lejanos cada vez. En el autobús estaremos a salvo, no temáis.

—¿Y aquí no? —preguntó Lizzie.

—No estoy tan seguro. La verdad es que, desde que apareció la serpiente pitón, no me siento tranquilo.

—Tampoco yo, Peter —confesó Mónica.

—Ni yo —dijo Neely.

—En marcha, pues —indicó Peter, y él fue el primero en abandonar el salón, seguido de la profesora de Educación Física v sus alumnas.

—¿Qué ha hecho con la serpiente, Peter...? —preguntó Mónica, al no ver por ninguna parte al bicho.

Morley le respondió lo mismo que en un principio le dijera a Rhonda Sanford, que la había llevado a un lugar de la casa donde no quedara visible.

Mónica y sus compañeras no dudaron de la respuesta del conductor. Se dirigieron todos en grupo hacia el vestíbulo.

Peter avanzaba con todos los sentidos alerta. También Rhonda Sanford.

Afortunadamente, alcanzaron el amplio vestíbulo sin tener que enfrentarse a nuevos peligros.

Fueron hacia la pesada puerta. Peter intentó abrirla.

Por el momento, no lo consiguió.

La puerta parecía nuevamente atascada.

Peter dejó en el .suelo el atizador, para poder utilizar mejor ambas manos. Intentó de nuevo abrirla.

A pesar de que puso en juego todo el vigor de sus jóvenes y elásticos músculos, la puerta no cedió ni un centímetro.

Rhonda Sanford y sus alumnas seguían muy atentamente los esfuerzos del conductor. Por eso no descubrieron el nuevo peligro que les acechaba.

Y cada vez lo tenían más cerca...

CAPITULO IX

Peter Morley se volvió, sudoroso y jadeante.

—No quiere abrirse, la condena... —se interrumpió, dando un fuerte respingo. Acababa de descubrir el numeroso grupo de escarabajos que avanzaba lenta y silenciosamente hacia ellos.

Dicho así, parece una tontería. Escarabajos...

Unos bichitos inofensivos e insignificantes, que se pueden aplastar de un simple pisotón.

Pero no.

Aquellos escarabajos no podían ser aplastados de un simple pisotón. Eran más grandes que un pie humano.

Y como formaban un ejército, su presencia aún impresionaba mucho más.

Por la expresión de Peter Morley, Rhonda Sanford y sus alumnas adivinaron que un nuevo peligro se cernía sobre ellos.

Se giraron todas casi al mismo tiempo.

Lo que sucedió después es difícil de narrar. Gritos de terror...

Chillidos de pánico...

Alaridos de horror...

Ataques de histeria...

Desmayos...

Peter Morley se vio abrazado desesperadamente por las muchachas que seguían en pie, viviendo aquel horror, que eran la mayoría.

Casi desapareció totalmente entre los temblorosos y helados cuerpos de la profesora de gimnasia y sus alumnos, que gritaban su nombre como si él fuera un dios y tuviera poder para hacer desaparecer en un soplo al espeluznante regimiento de escarabajos gigantes.

Pero Peter no era Dios.

Y ni siquiera podía soplar. Le faltaba aire.

Las aterrorizadas muchachas le asfixiaban, al haberle dejado en el centro de la piña humana que ellas formaban con sus cuerpos, y que se comprimía más y más...

—¡Apartaos...! ¡Dejadme actuar! —pidió Peter, braceando con furia. Pero las chicas no se apartaron.

Estaban demasiado histéricas. Demasiado horrorizadas.

No oían nada.

Y sólo veían una cosa: ¡os escarabajos gigantes, que seguían avanzando lentamente hacia ellas, y que muy pronto las tendrían a su alcance.

Comprensible, pues, que estuvieran a punto de volverse locas de terror.

Peter Morley, en vista de que las muchachas no le dejaban salir de la «piña», recurrió a la fuerza, y se abrió paso sin miramientos.

Algunas de las chicas cayeron al suelo, al ser empujadas con violencia por el conductor.

Otras se lanzaron contra la puerta y trataron de abrirla, cosa que no lograron.

Peter pegó un gran salto y se plantó delante de las cinco muchachas que yacían en el suelo, desvanecidas, y cuyos cuerpos estaban a punto de ser alcanzados por los repugnantes y monstruosos escarabajos.

—¡Atrás, malditos! —rugió, y disparó su pierna derecha contra uno de los asquerosos bichos.

El patadón, tremendo, hizo volar por los aires el gigantesco escarabajo, el cual se estrelló contra el suelo varios metros más allá.

Peter disparó velozmente ¡a pierna zurda.

Otro escarabajo se elevó con violencia, trazó un arco en el aire, y cayó lejos. Peter soltó un tercer patadón.

Y un cuarto. Y un quinto.

Pero tendría que soltar muchos más, pues había escarabajos para dar y vender.

Y, con los patadones, sólo lograba hacer retroceder unos metros a los más avanzados, pero no dejarlos fuera de combate.

Los bichos se levantaban, algunos no sin dificultad, y volvían a ponerse en movimiento, recorriendo de nuevo el camino desandado poco antes de mala manera.

A Peter empezaron a faltarle piernas.

O a sobrarle escarabajos, que viene a ser lo mismo.

De pronto, reparó en la escalera que había a la derecha del vestíbulo. Pensó dos cosas.

Primera: las chicas estarían más seguras en ella.

Segunda: los escarabajos tendrían dificultades para subir los peldaños.

Y, aunque lograsen salvarlos, él podría rechazarlos mejor desde allí arriba.

—¡Rhonda! —llamó.

—¡Peter! —gritó la profesora de gimnasia, las manos sobre las sienes, apretándoselas con desesperación.

—¡Lleve a las chicas a esa escalera, rápido! ¡Allí estarán a salvo! El conductor no tuvo que repetir la orden.

Las muchachas comprendieron que la escalera era un lugar mucho más seguro, y corrieron hacia allí.

De las cinco alumnas que sufrieran desmayos, tres de ellas se habían recobrado ya. Las otras dos, fueron llevadas en brazos por varias de sus compañeras.

Cuando Peter vio que Rhonda Sanford y sus muchachas estaban ya en la mitad de la escalera, corrió hacia el atizador, lo recogió del suelo, y se lanzó hacia la escalera.

Se situó en el quinto peldaño y allí esperó a ver qué hacían los escarabajos gigantes. Estos desviaron sus movimientos hacia la escalera.

Rhonda Sanford se estremeció.

—¡Vienen hacia aquí, Peter! —chilló.

—¡Sí, pero no podrán subir los escalones con facilidad! ¡Y si alguno lo logra, va a saber que un atizador sirve para algo más que para avivar el fuego! —repuso Peter, enarbolándolo con firmeza.

El ánimo, la decisión, y el valor del conductor, hicieron que la profesora de Educación Física y sus alumnas se sintiesen un poco mejor, y todas empezaron a pensar que Peter Morley sería capaz de librarlas de aquel horror.

Los primeros escarabajos alcanzaron la escalera.

Uno de ellos levantó las patas delanteras y las apoyó en el primer peldaño. Su cuerpo se elevó.

Apoyó las patas en el segundo peldaño y trató de subir el primero.

Su cuerpo se elevó casi verticalmente, y eso resultó fatal para el desarrollado coleóptero, pues se venció hacia atrás y cayó de espaldas.

Empezó a mover rabiosamente sus patas.

En aquella posición, le iba a costar un poco darse la vuelta y quedar en posición correcta.

Al segundo escarabajo que intentó subir la escalera, le sucedió lo mismo. Y al tercero.

El cuarto, sin embargo, demostró ser más hábil, y logró subir los tres primeros escalones.

Allí se acabó su dificultosa ascensión.

Sí, porque Peter Morley le arreó con el atizador en todo el cefalotórax, y se lo convirtió en «papillatórax».

El escarabajo rodó por la escalera y cayó sobre otro de los que continuaban patas arriba, pugnando por darse la vuelta.

—¡Vamos, que suba otro, que hay para todos! —exclamó Peter, riendo. Dos escarabajos intentaron subir los primeros peldaños, pero fracasaron.

El que probó fortuna después, tuvo más suerte, y consiguió salvar tres peldaños. Bueno, lo de que tuvo más suerte, es un decir...

—¡Toma del bote, negrote! —exclamó Peter, y le cascó con el atizador. En el cefalotórax, claro.

Casi se lo partió en dos.

El escarabajo se fue para abajo. En realidad, es lo suyo.

De haberse llamado «escararriba», ya sería otra cosa.

Así, para arriba, había ya unos cuantos al pie de la escalera.

Pero el escarabajo debe ser un animal muy tozudo, pues, pese al general fracaso, otros intentaron subir la escalera.

A Peter le resultaba sumamente sencillo rechazar a los pocos que lo lograban, y esto pareció devolver la tranquilidad a Rhonda Sanford y sus alumnas.

Una relativa tranquilidad, al menos.

Pero Peter se dijo que de aquel modo iba a tardar horas en eliminar al numeroso grupo de escarabajos gigantes.

La antorcha que había en la pared de la escalera, le dio una idea.

Peter la descolgó rápidamente, extrajo su encendedor, y lo accionó,

aplicando la llama a la antorcha.

Esta se encendió en seguida.

—¡Ahora vais a saber lo que es bueno, compañeros! ¿Quién dijo un escarabajo a la plancha...? ¡En seguida se lo sirvo, señor! —rió Peter, y acercó la antorcha a uno de los escarabajos que se esforzaban por subir la escalera.

El bicho retrocedió aun antes de que la llama de la antorcha le tocase, y emprendió la huida, con toda la rapidez de que era capaz.

Evidentemente, había sentido la mordedura del fuego en su negro cuerpo. Otros la sintieron también y, como su compañero, pusieron pies en polvorosa. Patas, para ser exactos.

Incluso los que no sintieron el doloroso bocado del fuego, emprendieron la retirada, asustados.

¡Qué gran verdad eso de que el fuego ahuyenta a las fieras!

Peter Morley se plantó en el vestíbulo de un salto y persiguió al batallón de escarabajos.

—¡Al rico trasero calentito, señores! —exclamó, al tiempo que aplicaba la llama de la antorcha a la parte posterior del cuerpo de uno de los bichos.

El escarabajo aumentó la velocidad de su carrera y ganó algunos puestos en aquella insólita competición.

Peter reía a mandíbula batiente.

Rhonda Sanford y sus alumnas, todas despiertas ya, se contagiaron de la risa del conductor, quien seguía calentando los traseros de los escarabajos más rezagados.

El momento, ciertamente, era de lo más cómico, y las muchachas, aunque presa todavía del pánico y del horror, no tenían más remedio que reír.

Peter persiguió a los escarabajos gigantes hasta que el último de éstos salió del vestíbulo.

Bueno, el último de los escarabajos vivos, claro.

Al pie de la escalera habían quedado algunos, todos ellos con el cefalotórax destrozado.

Eran los que se había cargado Peter con el atizador. Todos estaban inmóviles.

Muertos, sin ningún género de dudas.

Peter hubiese querido seguir a los escarabajos que huían, para ver hasta dónde llegaban, que era lo mismo que averiguar de dónde habían salido aquellos superdesarrollados bichos.

Pero no lo hizo.

No quería dejar solas a Rhonda y las chicas. Podían necesitarle.

Sí.

Le iban a necesitar.

Y más pronto de lo que él se imaginaba...

CAPITULO X

Peter regresó junto a la profesora y sus alumnas. Continuaban todas en la escalera.

Sin atreverse a bajar.

Los escarabajos muertos tenían la culpa.

Peter colgó de nuevo la antorcha en la pared y luego apartó los cuerpos inmóviles de los animales con el pie.

—No temáis, estos bichos no nos pueden hacer nada, están más tiesos que mi pobre abuela, que ya lleva quince años enterrada —dijo el conductor—. En cuanto a los otros, no creo que vuelvan. Les debe escocer demasiado el trasero.

Las muchachas descendieron de la escalera.

—¡Ha sido espantoso, Peter! —exclamó Mónica, abrazándose a él. Morley le dio unas palmaditas a la espalda.

—Sí, ha sido horroroso. Pero hemos logrado salir con bien de tan difícil situación. Mónica levantó la cabeza.

—Gracias a usted, Peter, que tiene más valor que un cosmonauta.

—Bueno, en realidad, yo sólo...

—¿Puedo darle un beso, Peter?

—¿Cómo? —respingó el conductor.

—Que si puedo darle un beso. Peter miró a Rhonda Sanford,

—Bueno, si a la señorita Sanford no le importa... —carraspeó.

—¿Y por qué iba a importarle a ella?

—No sé...

Mónica volvió la cabeza y miró a su profesora.

—¿Verdad que no le importa, señorita Sanford...?

—En absoluto —respondió Rhonda, con una sonrisa, aunque un tanto forzada.

Peter se dio cuenta de ello, y supo adivinar que a la profesora de gimnasia no le sentaba bien que Mónica le besara.

La muchacha le besó. En los labios.

Con ganas.

Y con excelente técnica.

Evidentemente, no era la primera vez que Mónica besaba a un hombre. Rhonda Sanford frunció el ceño.

Más que por la excesiva pasión del beso, por la cara de envidia que estaban poniendo el resto de sus alumnas.

Sí.

No cabía duda.

Todas ellas hubiesen deseado hallarse en el pellejo de Mónica. Ni que Peter Morley fuese el dios Apolo.

No, no lo era.

Pero Rhonda Sanford tuvo que admitir que Peter resultaba un tipo muy interesante.

También a ella le gustaba, ¿por qué negarlo? Se había sentido feliz en sus brazos.

Le habían proporcionado mucho placer sus besos. Pero había que llevar cuidado con Peter.

Era un tipo muy atrevido. Ella lo sabía mejor que nadie.

Se ruborizó ligeramente, al recordar lo que le hizo él para sacarle los colores. Y eso que apenas la conocía...

Cuando Peter tomase confianza con una chica, iba a ser horrible. Mónica terminó con su beso.

«¡Ya era hora!», exclamó para sus adentros Rhonda. Mónica sonrió candorosamente.

—Gracias, Peter.

—Gracias a ti, Mónica —repuso Morley. Neely preguntó:

—¿No le importa que yo también...?

—Por mí... —respondió Peter, mirando de soslayo a Rhonda Sanford. Vio que ésta apretaba los labios.

Todo lo contrario que Neely. Esta los entreabrió.

Y buscó los de Peter. Los encontró, claro.

También ella le besó con vehemencia. Y muy expertamente.

Desde luego, tampoco Neely era una novata en aquellas lides.

Cuando ésta terminó con Peter, Susan quiso ocupar su puesto, pero Rhonda Sanford, que ya no podía resistir más aquella situación, intervino autoritariamente:

—Basta ya de besos, chicas. Hemos de salir de esta peligrosa casa, y la puerta está atascada. A Peter le va a costar abrirla. Cuánto antes se ponga a trabajar con ella, más pronto saldremos de aquí.

Peter carraspeó.

—La señorita Sanford tiene razón, preciosas. Tenemos que salir de aquí, antes de que nos encontremos con otra sorpresa desagradable.

—Sí, Peter. A ver si puede abrir la puerta —dijo Mónica.

—Claro, como tú ya le has besado... —rezongó Susan. Rhonda Sanford dirigió una severa mirada a Susan. Peter Morley fue hacia la puerta.

Dejó el atizador en el suelo y tanteó de nuevo la resistencia de la puerta. Seguía siendo la misma de antes.

Extrañamente dura.

Como si el cerrojo estuviese echado. Pero no lo estaba

La puerta sólo estaba atascada.

Quizá, con la humedad ocasionada por la tormenta, la madera se había hinchado, y de ahí su sorprendente resistencia.

—Tendremos que derribarla —hizo saber Peter a las chicas.

—¿Derribarla...? —exclamó Rhonda Sanford.

—¿Una puerta tan pesada. ,.? —observó Lizzie.

—Sí, sólo así podremos salir de aquí.

—¿Y con qué vamos a derribarla? —inquirió Neely. Peter revisó el vestíbulo con la mirada.

—Utilizaremos ese banco —señaló el mueble con el brazo.

—Me temo que lo destrozaremos antes de que la puerta ceda... —profetizó Mónica.

—Si lo destrozamos, probaremos con otra cosa. Vamos, chicas, ayudadme a cargar con él —rogó Peter.

Fueron hacia el banco y lo separaron de la pared. Era un mueble recio y fuerte, que pesaba lo suyo. Lo levantaron y lo llevaron junto a la puerta.

Peter explicó:

—Vamos a utilizarlo como si fuera el tronco de un árbol. Tomaremos impulso y luego nos lanzaremos contra la puerta. Esta acción la repetiremos hasta que la puerta ceda... o se descomponga e! banco. ¿Preparadas, chicas?

Las muchachas que habían ayudado al conductor a levantar el banco, asintieron con la cabeza.

—¡Va! —indicó Peter.

Cargaron violentamente contra la puerta. El golpe la hizo temblar.

—¡Otra vez! —siguió indicando Peter.

El banco golpeó de nuevo la recia puerta. La pared empezó a resquebrarse.

—¡Duro con ella! —gritó Peter.

El tercer golpe causó nuevos desperfectos en la pared. Todo parecía indicar que la cosa iba bien.

El banco resistía perfectamente los impactos y la pared no. Unos cuantos golpes más, y la puerta se vendría abajo. Pero, de pronto, ocurrió algo que les hizo detenerse. Peter y las chicas miraron hacia lo alto de la escalera.

De allí procedía el ruido. Un ruido metálico. Fácilmente identificable.

Lo producían unas cadenas, al arrastrarse por el suelo.

Y pensar en cadenas que se arrastraban, era pensar en fantasmas. Al menos, para Mónica y Neely.

¿Estarían en lo cierto...?

¿Sería realmente un fantasma...?

CAPITULO XI

No.

No era un fantasma. Eran tres fantasmas.

Al verlos aparecer en lo alto de la escalera, cubiertos con sábanas blancas, las cuales tenían dos orificios a la altura de los ojos, Mónica pegó un chillido y soltó el banco.

Neely sólo tardó un segundo en imitar a su compañera.

Como las demás también se pusieron a chillar, aterrorizadas, y soltaron el pesado banco, éste cayó al suelo.

Peter Morley no pudo hacer nada por impedirlo.

Rhonda Sanford y sus alumnas se agruparon detrás del conductor.

—¡Peter...!

—¡Son fantasmas, Peter...!

—¡Fantasmas de verdad...!

—¡Espíritus del mal...!

—¡No se puede luchar contra ellos...!

—¡Nos matarán a todos...!

Estas frases, y otras similares, salían atropelladamente de las bocas de la profesora de gimnasia y sus chicas, algunas de las cuales parecían a punto de desvanecerse de terror.

Peter Morley, por el momento, no dijo nada. Tenía las mandíbulas apretadas.

Los ojos fijos en los tres fantasmas. ¿Fantasmas?

No,

Para Peter no eran fantasmas.

No podía creer en su existencia, ni aun viéndolos con sus propios ojos en lo alto de la escalera del vestíbulo, quietos y silenciosos.

Para él eran tres seres de carne y hueso, disfrazados de fantasmas. Y no le asustaba enfrentarse a tres seres de carne y hueso.

Es más, lo estaba deseando.

Aquellos tres tipos que se ocultaban bajo las sábanas y arrastraban cadenas, con el solo propósito de aterrorizarles, debían tener mucho que ver en la misteriosa desaparición de la serpiente pitón y la tarántula gigante.

Seguro que ellos habían ocultado a los dos bichos muertos, para meterles el terror en el cuerpo, al hacerles creer que ambos habían recobrado la vida y se habían largado por sí mismos.

Peter desvió un instante la mirada hacia los escarabajos gigantes muertos por él con el atizador.

Continuaban allí. En el mismo sitio.

Los tipos aún no habían tenido tiempo de hacerlos desaparecer. Peter apretó con más fuerza aún los maxilares.

Una sorda rabia se estaba apoderando de todo su cuerpo.

Sus ojos se empequeñecieron y emitieron destellos. Bien.

Había llegado el momento de ajustarles las cuentas a los tipos disfrazados de fantasmas.

El les enseñaría a asustar a la gente.

Peter se soltó de las muchachas y recogió el atizador. Seguía siendo su mejor arma.

Lo empuñó con energía y caminó hacia la escalera.

—¡Peter! —chilló Rhonda Sanford.

—¡No sea loco, Peter! —gritó Mónica.

—¡No se acerque a ellos! —Suplicó Neely—. ¡Son espíritus malignos, le fulminarán con su poder!

—¡Vuelva, Peter! —rogó Ann.

—¡Derribemos la puerta y huyamos! —chilló Susan.

—¡Ya casi lo habíamos conseguido, Peter! —gritó Lizzie Peter Morley parecía haberse quedado sordo de golpe. Siguió avanzando hacia la escalera.

Sin responder.

Sin volver la cabeza.

Se detuvo al pie de la escalera.

—¡Eh, vosotros! —Rugió, mirando a los supuestos espíritus malignos—. ¡Sé que sois seres de carne y hueso, disfrazados de fantasmas! ¡Es un juego divertido, y yo también quiero participar! ¡No dispongo de una sábana para cubrirme, ni de cadenas para atármelas a los tobillos y arrastrarlas al caminar, pero tengo un hermoso atizador, y me muero de deseos de utilizarlo contra vosotros! ¡Vamos, bajad y jugaremos un poco!

Los fantasmas, reales o no, no se movieron.

Parecían preferir que fuera Peter quien subiera hasta ellos.

En la escalera, le sería mucho más difícil hacer frente con éxito a los tres hombres. Ellos, además de su ventaja numérica, contarían también con la ventaja de estar mejor situados que él. No.

No subiría a por ellos. Tenía que hacerlos bajar.

—¿Qué pasa, tenéis miedo de bajar...? —preguntó burlonamente—. ¡Pues vaya unos fantasmas...! —rió con fuerza, con el propósito de enfurecer a los individuos.

Rhonda Sanford y sus alumnas estaban perplejas.

A ninguna de ellas se le había ocurrido pensar que los fantasmas podían ser tipos disfrazados de tales.

Peter Morley, en cambio, parecía estar seguro de ello.

La profesora y sus muchachas empezaron a creerlo también. Principalmente, porque ello las tranquilizaba bastante.

De pensar que se hallaban ante tres fantasmas de verdad, a pensar que se trataba simplemente de tres tipos disfrazados de tales, había una gran diferencia.

Si realmente se trataba de tres seres de carne y hueso, Peter Morley les daría su merecido.

Y si él no podía con los tres, ellas le ayudarían. Eran nada menos que veinticinco mujeres.

Y veinticinco mujeres jóvenes y sanas, en espléndida forma física además, podían moler a golpes no a tres hombres, sino incluso a media docena.

Casi estaban deseando que los tipos bajasen a pelear con Peter, pera intervenir ellas también.

Pero los fantasmas, falsos o auténticos, no parecían dispuestos a bajar.

—¡Vamos, cobardes, bajad de una vez! —Rugió Peter, enarbolando el atizador—. ¡Sois tres hombres contra uno! ¿Todavía os parece poca ventaja...?

Súbitamente, los fantasmas se pusieron en movimiento. Empezaron, a bajar la escalera.

Y la bajaban de un modo que...

A Rhonda Sanford y sus alumnas se les puso la piel de gallina. Cas sábanas parecían deslizarse por los peldaños.

Bajo ellas, no se advertía ninguna flexión de rodillas, ningún movimiento de pies. Daba la impresión de que bajo las sábanas... no había nada.

De ahí que nuevamente Rhonda Sanford y sus alumnas volviesen a sentirse presa del terror, pues empezaban a descartar que se tratase de seres de carne y hueso disfrazados de fantasmas, y volvían a pensar en fantasmas reales, en auténticos espíritus del mal...

A Peter Morley también le impresionó no poco aquel extraño modo de bajar la escalera.

Pero él siguió resistiéndose a admitir que se tratase de fantasmas de verdad, y se dijo que los tipos habían adquirido una habilidad especial para bajar una escalera sin que se apreciasen los movimientos de sus piernas, dando la siniestra sensación de que la sábana se movía por sí sola, que no había nadie debajo.

Pronto se sabría.

Los fantasmas seguían deslizándose escalera abajo, y el ruido de las cadenas resonaba macabramente.

Desde luego, no era un espectáculo para corazones débiles. Por fortuna, Rhonda Sanford y sus alumnas lo tenían fuerte.

Claro que, hasta los corazones jóvenes y fuertes, tienen un límite, y los de la profesora de Educación Física y sus muchachas ya habían tenido que soportar, en poco más de una hora, varías situaciones de auténtico pánico.

La terrible tormenta...

La enorme serpiente...

Los escarabajos gigantes...

Y, Rhonda Sanford, además, la gigantesca tarántula, desaparecida misteriosamente poco después de que Peter Morley le machacara el cuerpo.

Ahora, los fantasmas.

Unos fantasmas aparentemente auténticos...

Era demasiado ya.

Peter Morley retrocedió dos pasos.
No, no lo hizo porque empezara a sentir temor.
Quería que el trío de fantasmas bajase hasta el mismo vestíbulo, que quedasen a su misma altura.
Cuando esto ocurrió, Peter descargó el atizador sobre la cabeza del fantasma que estaba más próximo a él.
Entonces, sucedió algo que produjo un profundo escalofrío a Rhonda Sanford y sus alumnas.
Incluso a Peter Morley se le erizó la piel.
¡El atizador había aplastado la tela blanca como si dentro de ésta sólo hubiese aire!
¡La tela cayó blandamente al suelo, y allí quedó, quieta, sobre las cadenas, sin nadie debajo, ni delante, ni detrás, ni a la izquierda, ni a la derecha!
¡No había estado ocultando a ningún ser de carne y hueso! ¡Se había desplazado sola!
¡Como las cadenas!
¡Se trataba de fantasmas reales...! ¡Eran auténticos espíritus malignos...!
Por si quedaba alguna duda, los otros dos fantasmas se elevaron suavemente y quedaron suspendidos en el aire.
A medio metro del suelo, aproximadamente. Comenzaron a balancearse rítmicamente.
Daba la impresión de que estaban bailando al son de una música que ellos solos oían. Peter Morley retrocedió un paso.
La boca abierta.
Los ojos desorbitados. Ahora sí estaba asustado.
Por primera vez, desde que entrara en aquella maldita casa, sentía sobre su carne el gélido latigazo del miedo.
Miedo a lo inexplicable. A lo sobrenatural.
A las cosas del Más Allá.
Peter empezaba a creer en ellas. No tenía más remedio.
Aquellos dos fantasmas, danzando siniestramente en e! aire...
El otro, tirado en el suelo...
¿O ya no estaría en el suelo?
Puede que estuviera danzando junto a sus dos compañeros, sólo que sin la sábana y las cadenas.
—¿Por qué no?
Se trataba de seres inmateriales. Invisibles.
De espíritus...
Peter notó que un sudor frío le bañaba el cuerpo.
No sabía qué hacer, si echar a correr o golpear con el atizador a los dos fantasmas que danzaban suspendidos en el aire delante de sus narices.
Lo primero sería una cobardía.
Además, no serviría de nada. Pero... ¿serviría de algo lo segundo?
Parecía ridículo pensar que con un simple atizador podía derrotar a los

fantasmas. Peter giró un instante la cabeza.

No se sorprendió demasiado al ver a la profesora de Educación Física y sus veinticuatro alumnas tendidas en el suelo, las caras blancas, los ojos cerrados...

Era lógico que se hubiesen desvanecido todas de terror. Peter apretó los dientes con rabia.

No, él no se desmayaría.

Si los fantasmas querían dejarle inconsciente, tendrían que luchar con él. Se volvió de nuevo hacia ellos, con el atizador en alto, presto a descargarlo. Dio un respingo.

¡Los fantasmas habían desaparecido! ¡Los tres!

¡Con sus sábanas y sus cadenas!

¡También se habían esfumado los cuerpos de los escarabajos gigantes muertos por él poco antes!

Peter notó que se le enturbiaba la mirada. Las rodillas empezaron a flaquearle.

Evidentemente, él también estaba al borde del desvanecimiento...

CAPITULO XII

Sí.

Peter Morley estaba a punto de perder la noción de la realidad y desplomarse como un saco de patatas.

El desmayo parecía inevitable.

Y seguidamente lo hubiera sido de no aparecer de pronto, en lo alto de la escalera, dos curiosos personajes.

Un hombre y una mujer.

El hombre aparentaba unos cuarenta años de edad, era más bien bajo de estatura, delgado, de pómulos pronunciados y abundante cabello gris. Vestía pantalones claros y una llamativa camisa, de manga corta, por fuera del pantalón.

La mujer era bastante más joven.

Unos veinticinco años de edad, le concedió Peter. Alta, rubia, de cuerpo escultural...

Un extraordinario ejemplar de mujer en su plenitud, cuyas sinuosas curvas se encargaba de realzar su breve y ajustada vestimenta: shorts amarillos, descaradamente diminutos, y miniblusa de color fresa, la cual le cubría los túrgidos senos y poco más.

Desde allí, hasta los shorts, todo quedaba al descubierto.

Más de un palmo de piel tersa y dorada, que invitaba a ser acariciada.

Los dos extraños personajes descendieron hasta el vestíbulo. El, sonriente; ella, seria, como disgustada por algo.

Al ver que se acercaban a él, Peter levantó el atizador y rugió:

—¡Quietos, no den un paso más!

El hombre y la mujer se detuvieron en el acto.

—Calma, Peter. No tiene nada que temer de nosotros —dijo afablemente el tipo.

—¿Quiénes son ustedes? —interrogó el conductor, sin confiarse lo más mínimo.

—Yo me llamo Philip Garland, y soy el dueño de la casa —se presentó el hombre—. Ella es Fedra Engel, mi secretaria —añadió, mirando a la explosiva rubia—. Saluda a Peter, Fedra. Y muéstrale esa sonrisa tan encantadora que posees.

La belleza sonrió sin ganas.

—Me alegro de conocerle, Peter —dijo cortésmente.

Morley, en otras circunstancias, hubiera respondido que más se alegraba él. No correspondió al saludo de la rubia.

Estaba demasiado confuso. Demasiado desconcertado.

Philip Garland tomó la palabra de nuevo:

—¿Sé encuentra ya mejor, Peter?

—No —gruñó el conductor.

—Siento haber tenido que hacerles pasar por todo esto a usted y a las muchachas, pero era absolutamente necesario, créame.

Peter entrecerró los ojos.

—¿Hacernos pasar...?

—Sí, todo lo sucedido ha sido cosa mía. Lo que ustedes creen que ha sucedido, mejor dicho.

—¿Lo que nosotros creemos...? —repitió Peter, sin comprender nada. Philip Garland sonrió extrañamente.

—Ninguna de las desagradables situaciones que ustedes han vivido, ha sido real. ¿Verdad que no, Fedra?

—No, ninguna —corroboró la rubia, nuevamente seria, y con una gran tristeza en sus hermosos ojos azules, que no podía disimular ni siquiera cuando sonreía.

—Explíquese, señor Garland —exigió Peter.

—Es todo muy sencillo, Peter. Yo poseo un cerebro excepcional. Mi mente es tan poderosa, que puedo lograr cualquier cosa con ella. Bueno, todavía no puedo conseguirlo todo... —rectificó Garland—. Pero muy pronto lo lograré. Ejercito diariamente mi cerebro, le exijo más y más cada vez, y él responde. El ejercicio a que le he sometido hoy, por ejemplo, ha sido uno de ¡os más difíciles. ¡Dominar nada menos que veintiséis cerebros a la vez! Y los ha dominado.

—Sigo sin entender, señor Garland.

—Pues está muy claro. Mi cerebro se ha apoderado del suyo, del de la atractiva profesora de Educación Física, y de los de las veinticuatro muchachas. Se apoderó de ellos cuando aún circulaban ustedes por la carretera. Desde ese momento, hasta ahora, ustedes han visto sólo lo que yo he querido que vieran. La carretera cortada fue la primera visión irreal que ustedes tomaron como real. En realidad, la carretera no estaba cortada, no existía ningún indicador. Lo hice para obligarles a tomar el camino que pasa por delante de mi casa. La tormenta fue el segundo hecho irreal, pues tampoco hubo tal tormenta. El cielo ha estado despejado en todo momento, no ha llovido, no ha habido viento, ni relámpagos, ni truenos, ni árboles destrozados por chispas eléctricas...

Peter aguzó el oído. ¡Era cierto!

¡Ya no se oían truenos, ni el agudo silbar del viento, ni el ruido del agua al golpear contra el suelo...!

—Tampoco hubo pinchazos de las ruedas delanteras del autobús, Peter —continuó Philip Garland—. Le hice creer eso para obligarle a detenerse cerca de mi casa. Luego, los hice venir aquí. Y nada de los que vieron ustedes en esta casa ocurrió realmente. La serpiente pitón..., la tarántula gigante..., el numeroso grupo de escarabajos, igualmente gigantescos..., los fantasmas... ¡Ah!, y el atasco de la puerta. Tampoco eso era real. Compruébelo, si quiere. Verá como ahora la puerta se abre en seguida, sin el menor esfuerzo.

Peter Morley, absolutamente aturdido, caminó como un autómata hacia la

puerta y tiró de ella con suavidad.

En efecto.

La pesada puerta se abrió sin dificultad. Peter contempló el exterior, atónito.

El cielo estaba azul, limpio de nubes, la tierra completamente seca...

Peter cerró los ojos un instante.

No comprendía cómo podía ser posible aquello.

El había sentido el furioso azote del viento, al descender del autobús, la espesa cortina de agua, cayendo sobre su cuerpo, empapándole las ropas...

Unas ropas que había tenido que poner a secar, como Rhonda Sanford y sus alumnas las suyas. Incluso recordaba perfectamente cómo quedaban señaladas por las chorreantes prendas las sugestivas formas de la profesora de gimnasia y sus alumnas.

¡Dios, si era como una pesadilla! Peter se apretó las sienes.

—Cierre la puerta, Peter —ordenó Philip Garland. El conductor obedeció.

Miró a las chicas.

Seguían desvanecidas, sin enterarse de nada.

Peter desvió lentamente la mirada hacia Philip Garland. Una mirada que se estaba llenando rápidamente de odio. De ira.

De coraje.

—¿Qué va a pasar ahora, señor Garland? —inquirió, sin apenas despegar los dientes.

—Nada, no tema. Mi ejercicio mental de hoy, ha terminado. Cuando Fedra y yo subamos por esa escalera y desaparezcamos por ella, la profesora de gimnasia y sus alumnas despertarán. No recordarán nada de lo sucedido. Ni usted tampoco, Peter. Yo me encargaré de ello. Saldrán de esta casa, subirán al autobús, y reanudarán su excursión tranquilamente, como si sólo se hubieran detenido unos minutos en el camino para cambiar una rueda.

—No, no vamos a hacer eso, señor Garland.

—¿No...? —repuso el tipo, cínicamente.

—Le voy a romper la cara a puñetazos, señor Garland. Es lo menos que se merece, por los horribles momentos que nos ha hecho vivir a las chicas y a mí.

Philip Garland rió.

—No sea ingenuo, Peter. ¿Olvida el extraordinario poder de mi mente? Usted sólo puede hacer aquello que yo quiero que haga.

—Veremos si puede impedir que le parta la boca —masculló Peter, y dio un paso hacia adelante.

—¡No lo intente, Peter! —aconsejó Fedra Engel. Morley no hizo caso.

Dio otro paso hacia Philip Garland. No pudo dar más.

Una reja de hierro brotó del suelo, cerrándole el paso.

Peter quiso sortearla con rapidez, pero otras tres rejas emergieron del suelo, formando con la otra una jaula, en la que quedó encerrado el conductor.

Este miró hacia arriba. La jaula tenía techo. Estaba atrapado.

Enjaulado como una fiera.

Peter, aun en su furia, trató de razonar.

Sabía que la jaula de hierro no existía, que él la veía porque Philip Garland le obligaba a verla.

Cargó con el hombro contra ella, confiando en atravesarla, puesto que no se trataba de un cuerpo sólido, sino de una visión.

Sin embargo, su hombro chocó contra los barrotes de hierro y se hizo daño en él. Peter se agarró el hombro, con gesto de dolor.

—¡Maldito...! —barbotó, mirando colérico a Philip Garland. Este reía con ganas.

—¡Le dije que no podría hacer nada contra mí, Peter! Morley no respondió.

Se preguntaba cuál sería el punto débil de Philip Garland. Alguno debía de tener.

Y, si no lo encontraba pronto, lo iba a pasar muy mal, pues Garland parecía dispuesto a jugar un rato con él.

De pronto, Peter tuvo una idea. Su linterna eléctrica.

La llevaba en el bolsillo.

Si conseguía sacarla con disimulo, y arrojársela a la cabeza a Garland, podía dejarlo inconsciente del golpe. O, cuando menos, atontado.

En cualquiera de ambos casos, Philip Garland perdería momentáneamente su terrible poder mental.

La jaula desaparecería y él quedaría libre, y en situación de propinar unos cuantos golpes más a Garland, con lo cual lo dejaría sin sentido para unas cuantas horas.

Peter se dispuso a poner en práctica su plan.

Sacó la linterna, procurando que Garland no se diera cuenta. Entonces, ocurrió algo pavoroso.

¡En el instante en que Peter iba a lanzar la linterna a la cara de Philip Garland, ésta se convirtió en un ciempiés, del mismo tamaño y grosor que la linterna!

El repugnante bicho se agitó en la mano del conductor, amenazando con morderle. Peter lo soltó inmediatamente, al tiempo que una oleada de frío estremecía su cuerpo, pues sabido es que los ciempiés, al morder sueltan un veneno muy activo. De un tremendo pisotón, le aplastó la cabeza al ciempiés.

Bueno, ésa fue su intención.

Lo único que consiguió fue destrozar la cabeza de la linterna, ésta había dejado de parecer un horrible ciempiés en ese preciso instante.

Philip Garland se desternillaba de risa.

—¿Qué, no le gustaba su linterna, Peter...? —exclamó, burlonamente. Morley apretó rabiosamente los puños.

—¡Maldito hijo de...!

—¡Alto! —Le interrumpió Garland, levantando enérgicamente la mano—. No me insulte tan gravemente, Peter, o mi mente le hará sufrir horrores —

advirtió.

Peter se calló.

Comprendió que le convenía.

Estaba a merced de Philip Garland, y sabía que éste podía hacer cualquier cosa con él.

Garland volvió a reír.

—¿No siente complejo de gorila, encerrado en esa jaula Peter...? Morley continuó callado.

—Para que la situación sea más chocante todavía, llamaré a «Drako» —dijo Garland.

Peter advirtió que Fedra Engel se estremecía.

Philip Garland se puso los dedos en la boca y lanzó un silbido.

Por la puerta que había al fondo del vestíbulo, apareció un enorme gorila, soltando rugidos.

Se detuvo cerca de la jaula donde se hallaba encerrado Peter y se golpeó el pecho con los puños, al tiempo que abría sus terroríficas fauces.

Peter se preguntó si aquel horrible gorila existiría de verdad o sería otra visión irreal, que la poderosa mente de Philip Garland le obligaba a ver.

—Le presento a «Drako», Peter; un buen amigo mío y de Fedra —habló de nuevo Garland—. Un consejo, Peter: aunque él le ofrezca su mano, no se la estreche. Lo más seguro es que le arrancase el brazo. Es un poco bruto, ¿sabe? —advirtió irónicamente.

Morley no dijo nada.

Siguió mirando fijamente al gorila.

—¿Sabe que a «Drako» le gustan mucho las mujeres, Peter...? —Dijo Garland—. Fedra se lo puede confirmar,

Morley miró a la rubia.

Vio que ella se estremecía de nuevo. Philip Garland siguió hablando:

—Va usted a presenciar un espectáculo insólito, Peter, pero sumamente interesante. «Drako» le hará el amor a una de las chicas. A la que a él le guste más.

Al conductor se le heló la sangre al oír aquello.

Garland dio una orden al gorila y éste fue hacia donde yacían, inconscientes todavía, la profesora de gimnasia v sus alumnas.

El animal escogió a Rhonda Sanford. Torpemente, comenzó a desnudarla.

—¡Garland...! —Bramó Peter—. ¡Detenga a su gorila, maldito canalla!

—¡Deténgalo usted si puede, Peter! —rió Garland, Morley intentó forzar los barrotes.

Rhonda Sanford se despertó, precisamente en el momento en que la bestia se disponía a despojarla de su prenda más íntima.

Al ver al horripilante gorila sobre ella, la joven comenzó a chillar, horrorizada.

—¡Peter...! ¡Socorro, Peter...!

—¡Rhonda! —gritó el conductor, ronco de ira. De ira, y de impotencia.

Nada podía hacer por impedir que la bestia cometiese la atrocidad que le había ordenado Philip Garland.

La monstruosidad, real o no, sería llevada a cabo. ¡Y él tendría que presenciarla...!

—¡Dios, Dios, Dios! —gritó, desesperado. Súbitamente, Philip Garland lanzó un alarido.

Peter se volvió en el acto, a tiempo para presenciar cómo Garland se desplomaba... ¡con un cuchillo clavado en la espalda! Fedra Engel se lo había clavado.

Garland, agonizante, miró con intenso odio a la rubia.

—¡Perra...! ¡Me has matado, pero tú no vivirás para contarlo! Repentinamente, Fedra se llevó las manos a las sienes.

—¡No...! —chilló, como si estuviesen sometiendo a su cuerpo a la más dolorosa de las torturas.

Y, desgraciadamente, así era.

La poderosa mente de Philip Garland se la estaba infligiendo. Para ello, sin embargo, tuvo que desentenderse de Peter Morley. Este vio que la jaula desaparecía.

Se giró hacia Rhonda Sanford y el gorila, dispuesto a intervenir. No era necesario.

El gorila había desaparecido.

Sólo había sido una imagen irreal, que la mente de Garland le había hecho ver. Rhonda seguía desvanecida.

Y vestida.

También su despertar, sus gritos, su debatirse desesperadamente entre los peludos brazos del gorila, y las prendas que éste le había ido quitando, habían sido imágenes creadas por el increíble cerebro de Philip Garland.

Peter, tranquilizado, se volvió de nuevo hacia Garland y Fedra, dispuesto a hacer algo por ésta.

La rubia se había dejado caer al suelo, y se revolcaba entre espantosos aullidos de dolor, las manos todavía sobre las sienes.

Peter comprendió que la única forma de ayudar a Fedra, era rematar a Garland. Sin pararse a pensar en lo peligroso que esto podía ser para él, recogió el atizador y se lanzó sobre el moribundo Garland, con intención de golpearle en la cabeza.

Sin embargo, no llegó a hacerlo.

No, no fue porque Garland se lo impidiera. Garland ya no podía impedir nada.

Su mente había perdido todo su poder. Philip Garland... había muerto.

Peter volvió los ojos hacia Fedra Engel. También la rubia parecía muerta.

Ya no se retorcía en el suelo.

Estaba quieta, los ojos cerrados, y sangraba por la boca, la nariz y los oídos. Peter se acercó a ella y le tocó el cuello.

No tenía pulso, su corazón había dejado de latir.

Estaba muerta.
Philip Garland la había matado.
Con el diabólico poder de su mente…

EPILOGO

Poco después, Rhonda Sanford y sus alumnas volvían en sí. Peter Morley las informó de todo.

El relato del conductor horrorizó a la profesora y sus muchachas. Minutos más tarde, emprendían el regreso a Londres.

Había que dar cuenta a la policía de lo ocurrido.

La excursión, pues, no tuvo más remedio que aplazarse para el próximo fin de semana.

Tras haber informado con detalle a la policía, Peter devolvió al colegió a la profesora y sus alumnas.

Estas, como eran internas., dormían en el colegio. Rhonda Sanford, no.

Ella vivía en un pequeño apartamento.

Peter se ofreció para acompañarla a su casa, una vez dejase el autobús en la cochera de la empresa.

Rhonda aceptó.

Una hora más tarde, entraban en el íntimo apartamento de la profesora de Educación Física, coquetamente decorado.

—¿Le apetece una copa, Peter? —preguntó la joven.

—Sí, gracias —asintió Morley.

—¿Qué le sirvo?

—Escocés, con un poco de soda.

—Siéntese. En seguida preparo las bebidas.

Peter se acomodó en el diván v encendió un cigarrillo.

—¿Le enciendo uno, Rhonda? —sugirió, mostrándole la cajetilla.

—Sí, por favor —rogó ella, con una dulce sonrisa. Peter se lo encendió.

Ronda regresó con las bebidas y se sentó junto a él.

Peter le ofreció el cigarrillo encendido y ella una de las copas. Tomaron un sorbo de escocés.

De pronto, Rhonda quedó en actitud pensativa.

—¿Por qué mataría Fedra Engel a Philip Garland?

—Yo también me he hecho la misma pregunta —suspiró Peter.

—¿Y tampoco tiene respuesta?

—Sí, creo que sí. Aunque no deja de ser una teoría, claro.

—Compártala conmigo, Peter —rogó la joven.

—Fedra era una mujer joven y hermosa, alta, de pronunciadas curvas. Philip Garland, en cambio, era bajo, delgado, no demasiado bien parecido, y andaba por los cuarenta. Salía a la vista que no era el hombre adecuado para una hembra tan imponente como Fedra. El la presentó como su secretaria, pero Fedra era su amante. Por la fuerza, claro. Estoy seguro de que Fedra estaba en aquella casa en contra de su voluntad. El poder mental de Philip Garland la retenía allí Y no sólo eso. También estoy convencido de que Garland ejercitaba de vez en cuando su cerebro con ella. Recuerdo que Fedra

se estremeció cuando Garland dijo que iba a llamar a «Drako».

—Pero, el gorila no existía...

—No, pero al igual que Garland me lo hizo ver a mí, en más de una ocasión debió hacérselo ver a Fedra. Y, lo que la bestia iba a hacer con usted, alguna vez debió hacerlo con ella. Por supuesto, no olvido que nunca fue un hecho real, puesto que el gorila no existía realmente. Pero eso no quita para que Fedra sintiera y sufriera lo mismo que hubiera sentido y sufrido si la hubiese desnudado y poseído un gorila de verdad.

Rhonda Sanford se estremeció visiblemente.

—Qué horror, santo cielo...

—Debió ser una especie de castigo impuesto por

Garland, para que Fedra aprendiera que debía someterse totalmente a él, complacerle siempre que él se lo pidiese. Por eso, en cuanto tuvo ocasión, Fedra le clavó un cuchillo. Sabía que era el único modo de librarse de Garland y de su maquiavélico poder. Desgraciadamente para ella, eso le costó la vida.

—¿Cómo adquiriría Garland ese demoníaco poder mental?

—Eso nunca se sabrá, Rhonda. El se llevó su secreto a la tumba. Fedra debía saberlo, y también los proyectos que tenía Garland... Pero Fedra está muerta, tampoco ella puede revelar nada.

—¿Cuántas personas habrán sufrido horrores similares a los nuestros por culpa de Garland?

—Muchas, seguro. Pero como ninguna de ellas recuerda nada... Nosotros tampoco lo hubiéramos recordado, si yo no llego a hacer frente a Garland él hubiera borrado de nuestras mentes todo lo ocurrido, desde la tormenta a los fantasmas, pasando por la serpiente pitón, la tarántula gigante, los escarabajos...

Rhonda Sanford volvió a estremecerse.

—No me lo recuerde, Peter... —musitó.

—Se ha puesto pálida —observó Morley

—Si está pensando en sacarme los colores, olvídelo —advirtió la joven, colocándose un brazo delante de los senos.

Peter sonrió.

—¿Todavía no me ha perdonado eso?

—No. Y lo que tardaré.

—¿Quiere ser mi novia, Rhonda? La profesora de gimnasia respingó.

—¿Cómo dice...?

—Creo que es usted mi media naranja, ¿sabe?

—Ya. Y está deseando exprimirme, ¿verdad?

—Bueno, tanto como eso... —carraspeó Peter—. Pero sí es cierto que deseo tenerla en mis brazos, besar sus labios, acariciar su cuerpo...

—Demasiadas cosas, ¿no le parece? —repuso la joven, frenando al conductor, que intentaba abrazarla.

—Yo también le gusto a usted, Rhonda, lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¿Se atreve a negarlo?

—Ni lo niego, ni lo afirmo.

Peter, que ya había conseguido rodear con sus brazos la cintura femenina, dijo:

—Yo haré que lo confiese.

La besó ardorosamente en los labios. Rhonda se dejó besar.

Y abrazar. Y acariciar.

Y tender suavemente en el diván.

Y ni siquiera protestó cuando Peter deslizó una mano por debajo de su blusa, a pesar de que sabía lo que él buscaba.

Tampoco protestó cuando lo encontró. No iba a protestar por nada.

Quería a Peter. Sería su novia.

Y su esposa, cuando él se lo pidiera. Y se lo pediría muy pronto.

Ella se encargaría de ello...

FIN